

BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

DAMAS, WHISKY Y SANGRE

Curtis Garland



Llamadme Johnny.

No, no es que pretenda plagiar a Melville y escribir otro *Moby Dick*. Líbreme Dios de semejante cosa. Ni siquiera me llamo Ismael. Supongo que tampoco el personaje de la epopeya ballenera se llamaría así, después de todo.

Mi nombre es John D. Vincent. Pero prefiero que los amigos me llamen simplemente Johnny. Las chicas ya lo hacen. También me llaman cosas más dulces, como «encanto», «cielito» o «macho adorable», pero no las hago demasiado caso porque lo hacen en momentos en que no piensan demasiado en otra cosa que en su propio placer.

Tengo una pequeña y sórdida oficina en un bulevar de Hollywood y me ocupo habitualmente de asuntos de poca monta, tales como perseguir maridos o esposas infieles, cobrar recibos atrasados con alguna que otra amenaza, y aportar informes personales a algunas financieras y entidades de crédito.



Curtis Garland

Damas, whisky y sangre

Bolsilibros - Punto rojo - 1009

ePub r1.0

Lds 17.01.18

Título original: *Damas, whisky y sangre*

Curtis Garland, 1981

Cubierta: Jorge Sampere

Colección PUNTO ROJO n.º 1009. Bruguera – 1981

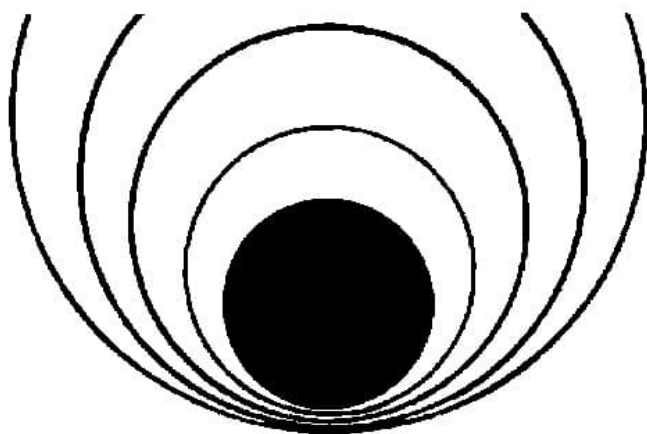
Colección PUNTO ROJO n.º 42. Ediciones B – 1993

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





PUNTO ROJO

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Llamadme Johnny.

No, no es que pretenda plagiar a Melville y escribir otro *Moby Dick*. Líbreme Dios de semejante cosa. Ni siquiera me llamo Ismael. Supongo que tampoco el personaje de la epopeya ballenera se llamaría así, después de todo.

Mi nombre es John D. Vincent. Pero prefiero que los amigos me llamen simplemente Johnny. Las chicas ya lo hacen. También me llaman cosas más dulces, como «encanto», «cielito» o «macho adorable», pero no las hago demasiado caso porque lo hacen en momentos en que no piensan demasiado en otra cosa que en su propio placer.

Tengo una pequeña y sórdida oficina en un bulevar de Hollywood y me ocupo habitualmente de asuntos de poca monta, tales como perseguir maridos o esposas infieles, cobrar recibos atrasados con alguna que otra amenaza, y aportar informes personales a algunas financieras y entidades de crédito.

Cuando saqué mi licencia confiaba en llegar a ser algún día un Sam Spade o un Philip Marlowe por lo menos. Después, la dura realidad cotidiana me demostró que esos detectives sólo existen en la imaginación de sus autores o en las películas de Bogart y de Dick Powell. La realidad es muy otra. Bastante más prosaica, menos emocionante y, desde luego, infinitamente menos productiva.

A mí nadie me venía con la oferta de un jugoso cheque o de un fajo de billetes para que le ayudara a descubrir un misterioso asesinato. Tampoco pasaba por mi oficina ninguna imponente rubia de grandes senos y ondulantes caderas. La única rubia que yo recordaba haber visto en cinco años era la señora Treadwell, una cliente de pelo oxigenado, pechos como balones de fútbol, pero

desinflados, y al menos cincuenta años cumplidos. La verdad es que ante ella no sentí en absoluto que mi libido se excitase lo más mínimo.

Ya había olvidado los viejos sueños juveniles, arrumbándolos en un rincón polvoriento de mi cerebro, y me limitaba a vivir de lo que podía. A malvivir, era la mejor palabra adecuada al caso. Mi cuenta corriente acostumbraba estar a cero, y si no tenía números rojos es porque no había banquero lo bastante ingenuo como para permitirme llegar a tal punto. Las deudas se acumulaban en mi archivador de facturas, y lo peor es que no veía modo humano de liquidarlas alguna vez.

En tan difícil situación, ocurrió un día el milagro. Y los olvidados sueños de un fracasado investigador privado se reavivaron como por ensalmo. La monotonía de mi vida y de mi trabajo se rompió de súbito, y lo hizo de un modo que casi me hizo sentir el estallido que producía mi sórdido pasado al romperse en mil pedazos.

Al fin, la rubia seductora y llena de *sexy* apareció en mi despacho, como en un viejo filme de Robert Montgomery, y el dinero asomó sus verdes narices a mi vida, con la más sugestiva de las promesas imaginables.

Después de todo, las cosas iban a cambiar para mí cuando menos lo esperaba. Lo supe casi de inmediato, cuando al abrir la puerta de mi oficina al oír sonar el timbre, me hirió el olfato un suave y dulce aroma a perfume de flores. No supe identificar qué flores, pero me gustó ese olor. Después descubrí aquellos senos erectos, cuyas puntas parecían encañonarme desde la ceñida envoltura de un vestido color granate oscuro, hasta que finalmente clavé mis ojos sorprendidos en la rubia más impresionante que jamás había visto al natural. Era alta, aunque por supuesto no tanto como yo, esbelta pero con curvas llamativas. Sus ojos tenían un peculiar tono violeta, la tez era pálida y suave, y los labios muy gordezuelos, carnosos y sensuales como los de cualquier *vamp* de «novela negra».

Evidentemente, aquello no me pareció real. Era demasiado parecido a un filme policíaco de «serie B» como para creérselo a pies juntillas. Y, sin embargo, la voz suave, ligeramente ronca de la visitante, me interpeló con naturalidad:

—Perdone. ¿Es usted el señor Vincent, el detective privado?

—Sí, yo soy —afirmé, contemplándola y haciéndome a un lado

—. ¿Quiere pasar, por favor?

—Gracias —dijo.

Y pasó junto a mí, dejándome envuelto en una vaharada de aquel perfume con aromas de jardín en primavera.

Sabía que mi oficina iba a causarle mala impresión, pero no podía evitarlo. Ya no había tiempo ni ocasión para arreglar algo su desastroso aspecto de abandono y de suciedad.

—Lo siento —traté de disculparme, siguiéndola y limpiando de polvo una de las sillas—. Esto no está demasiado bien, y menos para una dama como usted...

—No se preocupe —dijo con indiferencia, cruzándose de piernas y extrayendo de su bolso una pitillera de color dorado que, por sus destellos y por la apariencia de su envoltura, sólo podía ser de oro auténtico.

La abrió con un leve chasquido, y la pitillera emitió unas notas sincopadas y melodiosas. Reconocí la tonada *Jingle Bells*. Sin embargo, faltaba aún demasiado para la Navidad.

Ella extrajo un cigarrillo emboquillado también dorado, y me ofreció uno, con un gesto, mientras parecía leer mis pensamientos y comentaba:

—Un regalo navideño, por supuesto —al negar yo con la cabeza, se encogió de hombros y cerró la lujosa pitillera. Yo me apresuré a darle fuego con mi encendedor, recuerdo de mi paso por la *Navy*, pesado y gris, con un portaviones grabado en él, y con llama de gasolina protegida del viento.

—Gracias. ¿Usted no fuma?

—No —negué—. Hice una promesa. Sólo bebo ahora. Llevo casi un año sin fumar.

—¿Piensa seguir así hasta el fin de sus días?

—No —sonreí—. Sólo quise probarme mi fuerza de voluntad. Un día celebraré mi éxito fumándome tres paquetes...

Saqué una botella de *bourbon*. Le ofrecí y negó. Yo me serví un trago en un vaso no muy limpio.

—Lo creo —sus labios carnosos sonrieron, mostrando unos dientes nítidos, blancos y pequeños—. Yo intenté también dejar de fumar. Pero mi voluntad no llegó tan lejos como la suya, señor

Vincent.

—Llámeme Johnny —pedí—. Me hace sentir más joven.

—¿Tan viejo se siente? —Enarcó las cejas doradas, con aire perplejo.

—Después de los treinta y cinco años, uno empieza a serlo realmente, no a sentirse, señorita...

—Oh, disculpe —hizo un gesto voluble con su diestra, en cuyo dedo anular brillaba un caro anillo de platino con pequeños diamantes en torno a uno más grande y limpio. Exhaló humo por su nariz y boca, y noté que era aromático, como de tabaco egipcio o turco—. Olvidé presentarme, qué descuidada soy. Mi nombre es Belinda. Belinda Graham. Y no soy señorita. Mi marido es Walter Graham Jr. ¿Ha oído hablar de él?

Asentí. Es como si a uno le preguntaran si había oído hablar de Frank Sinatra, de John Ford o del león de la Metro. Walter Graham Jr. era el principal productor cinematográfico del Hollywood actual que no se había degradado todavía a filmar películas para la televisión. El magnate principal de los Estudios Western y de la International Films Productions. Un «pez gordo» del mundo del celuloide.

—Vaya... —murmuré—. ¿Usted trabaja acaso en sus películas?

—Cielos, no —se rió de buena gana—. No me gusta el cine. No en ese sentido.

—Resulta raro oír eso en labios de una mujer como usted.

—Sé a lo que se refiere. Yo también pasé por eso. Era cuando tenía dieciocho años y pensaba que un buen tipo y muchas ambiciones podían bastar para conquistar Hollywood y convertirme en la nueva Marilyn Monroe o la moderna Jean Harlow. No pasé de trabajar como simple «extra» en cuatro o cinco películas donde ni siquiera llegué a verme cuando las estrenaron. Luego conocí al hijo del grande y desaparecido Walter Graham. Y me casé con él en vez de firmar un contrato cinematográfico. Ahí terminaron mis sueños de gloria en la pantalla. Había visto ya lo suficiente para saber que esa gloria es efímera y mucho más dura de lo que la gente cree. Ser la señora Graham resultaba más práctico y más productivo.

—La felicito, señora Graham —sonreí—. Usted tiene talento natural, no hay duda.

—Muy amable —torció el gesto y pareció contemplar el techo de

mi oficina como si se entretuviera en contar las telarañas que se dispersaban por sus rincones—. Creo que hice bien, de eso no hay duda. Pero en la vida no todo sale a la perfección por hermoso que parezca. Eso es lo que me ha traído aquí.

Temí que empezaba a comprender, y el sueño de un caso distinto y fascinante comenzó a diluirse en mi mente. La miré, receloso.

—Entiendo —dije—. ¿Adulterio quizá? ¿Hay otra mujer?

Me miró como si estuviera hablando con la luna y de los planetas. Negó con la cabeza, lentamente.

—No, no. Nada de eso. ¿Cree que podría encontrar a alguien mejor que yo?

No sé si intencionadamente o por puro azar había remontado algo más su falda granate sobre sus piernas cruzadas. Me quedé sin aliento. Además de unas largas y bellísimas pantorrillas, poseía unos muslos tersos y firmes.

—No —tragué saliva—. Seguro que no. Pero hay muchos hombres idiotas, señora Graham.

—Mi marido no creo que lo sea en ese sentido —sonrió, exhalando nuevas volutas de humo azulado y aromático—. Parece seguir enamorado de mí. Dice que pocas mujeres podrán hacerle tan feliz en *todos* los sentidos, ¿comprende?

Al decirlo, sus ojos color violeta tuvieron un destello malicioso, y la puntita rosada de su lengua humedeció sus labios gordezuelos, en forma de O.

—No me cabe la menor duda de ello —admití.

—Bien. Por tanto, no es ése el motivo de mi visita. Johnny. Vengo a encargarle algo mucho más importante. Y estoy dispuesta a pagarle bien si acepta el caso.

Como en una novela de aquellas que yo había soñado en vivir personalmente, extrajo de su bolso un libro de cheques con funda de piel y las iniciales B. G. en oro, y una estilográfica de capucha también de oro. Miré fascinado ambas cosas.

—¿De qué se trata, exactamente? —quise saber.

—De un asesinato.

Me quedé helado.

Había deseado toda mi vida algo así. Ahora, de repente, al oír la palabra soñada, un repentino e instintivo temor se apoderaba de mi

persona.

Asesinato...

Dicho así, con aquella naturalidad, sonaba todavía peor. A algo horrible, que distaba mucho de ser un simple diálogo cinematográfico. Me pregunté si un mal guionista no estaría trazando el argumento de aquella historia con seres de carne y hueso.

—Ése es un asunto que sólo compete a la policía —la recordé fríamente—. Los detectives, en la realidad, no somos como en el mundo de su esposo, señora Graham. No podemos inmiscuirnos en asuntos de competencia policial.

—No se alarme. La policía no puede intervenir en este asunto; tiene mi palabra.

—¿Por qué no? Si existe realmente un asesinato, está usted obligada a ir a ellos, o se habla de omisión de pruebas a la ley. Si yo la escucho y acepto su caso sin intervención de la policía, podríamos ir ambos a la cárcel, y yo perder además mi licencia de modo definitivo.

—Le he dicho que no tiene por qué preocuparse. La policía no intervendrá en el asunto, ni esto es competencia de ella.

—¿Por qué no? —dudé.

—Porque el crimen se ha cometido hace mucho tiempo. El suficiente para que el delito haya prescrito como tal. El plazo legal se ha cumplido. Ya nadie podría arrestar al culpable bajo acusación alguna.

—Eso quiere decir que hace más de veinte años que se cometió ese asesinato...

—Así es. Exactamente hace treinta años —sonrió.

—¡Treinta años! —exclamé, atónito—. ¿Y usted quiere que se investigue *ahora*?

—Sí. Puedo pagarle trescientos dólares diarios más los gastos. Y un fijo por todo el caso, lo resuelva o no, que podríamos situar en los cinco mil dólares, si le parece bien.

La cabeza empezó a darme vueltas. Trescientos dólares diarios más gastos y un fijo de cinco mil dólares era demasiado dinero para un hombre sin blanca. Cada vez se parecía más aquel extraño asunto a una novela policiaca.

—En cuanto al dinero no hay objeción —admití—. Pero antes de

aceptar debo saber de qué ciase de asunto se trata, con exactitud.
¿Quién murió hace treinta años?

—Una famosa figura del cine.

—¿Se habló entonces de asesinato?

—No. De muerte natural. Pero no lo fue. Estoy segura de ello.

—¿Y si, pese a ello, *sí* fue muerte natural?

—Si usted lo probase, no perdería un solo dólar de lo fijado. Pero si demuestra que es un asesinato, quiero también el nombre del culpable.

—Eso no será nada fácil, después de treinta años...

—Tampoco a usted parece serle nada fácil ganar cinco mil dólares más otros trescientos diarios y cien más para gastos, a la vista de su situación actual —observó ella con cierta sequedad.

—*Touché* —dije humildemente abriendo mis manos en un ademán de derrota—. ¿Va a contarme ahora el asunto, señora Graham?

—Sí. En pocas palabras. Le daré, además, unos viejos recortes de prensa. —Buscó en su bolso y extrajo una serie de amarillentos trozos de papel de periódico, unidos entre sí por una labial metálica, alargándomelos con un ademán fácil—. Eso le situará mejor en los viejos hechos.

—¿Por qué le interesa un crimen tan antiguo, señora Graham?
—indagué.

—Porque la víctima fue la amante de mi suegro, el difunto Walter Graham *senior*. Y mi marido está seguro de que *él mismo la mató*.

—¿Él? ¿Su suegro, quiere decir?

—No. Mi marido —replicó ella fríamente—. Es él quien está seguro de que esa mujer fue asesinada. Y cree saber que él fue el culpable de ello.

—Pero *¿no lo sabe?* —Me mostré perplejo.

—No. No sabe nada. Sólo lo cree.

—¿Por qué?

—Porque sufrió un ataque de amnesia por entonces. Y nunca más ha recordado la memoria parcial que perdió entonces. Durante el resto de su vida, ha quedado en su mente un espacio en blanco. Exactamente un vacío mental de veinticuatro horas. Justamente las veinticuatro horas en que fue muerta la víctima. ¿Entiende ahora,

Johnny?

—Sí —dije roncamente—. Claro que lo entiendo.

Pero también entendía otra cosa. Estaba enfrentándome a un asunto difícil y seguramente insoluble. Sin embargo, no podía negarme a aceptarlo.

Y lo acepté.

CAPÍTULO II

Se llamaba Priscilla Kelly.

No fue una actriz demasiado famosa, pero hizo algunas películas en la Universal y en la Fox, antes de pasar a depender del magnate Walter Graham, para la International Films. Yo recordaba haberla visto en algunas revisiones de viejos títulos, junto a estrellas famosas en otro tiempo, como Victor Mature y Tyrone Power en la Fox o Alan Curtis, Jon Hall o George Sanders en la Universal. Escarbando más en mis recuerdos, incluso podía evocarla en un antiguo serial de la Republic, con un jovencísimo John Wayne y algunas figuras que nunca pasaron del tono gris y correcto de las películas de tercera fila.

Ahora estaba allí, en su última morada. No lejos del mítico Rodolfo Valentino y de otros viejos astros del que en un tiempo fuera esplendoroso Hollywood, en la galería funeraria de un cementerio privado y caro de Los Ángeles.

Su nombre figuraba en la última cartelera de su vida, sobre la lápida de mármol, sencilla y fría. No había flores en el nicho. Tal vez nadie se acordaba ya de ella, con excepción de aquella rubia fascinante que me había visitado para ofrecermelo tan extraño trabajo. Leí la fecha de su muerte, sin más detalles esculpida en la piedra blanca y tersa:

HOLLYWOOD. 1945

15 DE ENERO

Treinta años me separaban del último día de vida de aquella mujer. Casi una eternidad, sobre todo para un investigador que

pretendiera bucear en el pasado de una persona muerta y de otras vivas todavía. Ni siquiera podía estar seguro de que su asesino no hubiera muerto también. Treinta años es demasiado tiempo a veces, según la edad que uno tiene entonces. Priscilla Kelly había empezado a triunfar en el cine gracias a su encanto físico y a un productor que la ayudaba, el difunto Walter Graham *senior*. Y éste también había muerto años atrás.

Ahora, después de treinta años, un hombre creía haber sido el asesino de la joven y ya olvidada actriz de cine. Todo porque existía en su memoria un vacío de veinticuatro horas, coincidente con el 15 de enero de 1945. Su propia esposa venía a contármelo. Querían salir de dudas. Ella y su marido. Cinco mil dólares y trescientos al día mientras durasen las investigaciones, era el precio fijado para bucear en aquella ciénaga oscura, de viejas y olvidadas pasiones tal vez.

Sacudí la cabeza. No me gustaba el asunto. Pero me gustaba el dinero. Y había aceptado aquel maldito embrollo que, posiblemente, nunca sería capaz de aclarar. Me aparté de la hilera de nichos, dejando resbalar mi mirada por ilustres nombres del firmamento estelar de Hollywood, impresos en el mármol de su última película.

Mujeres hermosas, grandes actores, apuestos galanes, míticas figuras de la pantalla... Allá, en la eternidad, debían tener un buen elenco para elegir el reparto de una película, la más grande de todos los tiempos, sin duda alguna, si es que en la eternidad existía algo parecido a Hollywood, cosa que dudaba mucho.

Me encaminé a la salida sin prisas. Hacía un buen día y el sol se filtraba por las vidrieras emplomadas y multicolores de aquel silencioso templo destinado a cobijar luminarias del cine de todas las épocas. Me tropecé con un hombre uniformado que reponía flores nuevas y retiraba las ya marchitadas, de tumbas mucho más recientes que la de Priscilla Kelly.

—Hola —saludé, deteniéndome—. ¿Mucho trabajo?

—No, no mucho —se encogió de hombros—. La gente nunca recuerda demasiado a los que vienen aquí. Sólo al principio, sobre todo si es muy famoso el que se fue. Después las histerias pasan, y poca gente trae un ramo de flores a un difunto, a menos que sea familiar muy directo.

—Sí, entiendo —señalé hacia la lápida de Priscilla Kelly—. ¿En esa tumba nunca hay flores?

Me miró pensativo. Luego escudriñó la lápida que le señalaba. Meneó la cabeza negativamente, mientras envolvía en papel de aluminio unas malolientes flores ajadas.

—No. Nunca. No es la única, señor.

—Sí, lo supongo. Usted debió conocer a muchas de las figuras que ahora están aquí, ¿verdad?

—A muchas —el viejo empleado asintió tristemente, con algo de nostalgia empañando sus ojillos grises—. Sí, a muchas.

—¿También a Priscilla Kelly?

—También —arrugó el ceño, observándome con cierto recelo—. ¿Es usted algo suyo?

—Sólo podría ser su hijo, en todo caso —sonreí—. Recuerde que murió hace treinta años.

—Oh, cierto, cierto. ¡Cómo pasa el tiempo! —Sus ojos se entornaron, evocadores—. Priscilla Kelly... Era hermosa. Muy hermosa. Nunca fue gran cosa como actriz. Ni falta que le hacía. Tenía *sex-appeal*, como decíamos entonces.

—¿Es cierto que la asesinaron?

Le vi apretar los labios, repentinamente sobresaltado. Su modo de mirarme ya no era amable ni complaciente.

—¿Es usted periodista? —me preguntó agriamente—. ¿Va a sacar en un periodicucho los viejos trapos sucios de una persona que merece respeto y olvido?

—Nada de eso —me apresuré a rechazar, poniendo en su mano un billete de diez dólares—. Sólo soy amigo de alguien que quiso mucho a esa mujer. Me habló de ella, me mostró fotografías suyas. Y una de sus películas, *Pánico en la Opera*.

—¿De veras? —Su mirada se animó algo más y guardó el billete con rapidez—. Bueno, eso es distinto. Dicen que la mataron, sí. Nunca estuvo muy claro aquello.

—¿Por qué no?

—Pudo haberse matado ella. Ya sabe, las actrices de cine suelen terminar neuróticas y amargadas. Pero se dijo que alguien lo hizo.

—¿Cómo sucedió, exactamente?

—La encontraron al pie de la terraza de su casa de Beverly Hills, estrellada contra las piedras del *parterre*. Cayó de cabeza. Se

destrozó el cráneo con fractura de la base. Mortal de necesidad. Debió morir en el acto. La autopsia reveló que había bebido demasiado. Estaba totalmente ebria al caer. Además, tomaba somníferos y cosas de ésas. Debieron mezclarse con el alcohol y producirle una crisis aguda. La policía dijo que en ese estado era lo más sencillo del mundo tropezar y caer por la balaustrada, que era demasiado baja. Encontraron un vaso roto, que había contenido ginebra, en el mismo punto de la terraza por donde ella cayó abajo. Todo eso les hizo dictaminar muerte por accidente. Pero los rumores no se acallaron durante un tiempo. Hubo compañeros suyos que dijeron que ella no bebía tanto como todo eso. Otros, dudaron que tomase somníferos. Pero de su vida privada se sabía poco en realidad. Walter Graham, su protector y amigo, echó tierra al asunto porque no convenía esa clase de publicidad a sus películas. Y ahí terminó todo. La prensa amarilla se despachó a gusto, intentando hallar motivos para un crimen, pero poco a poco la cosa se fue olvidando.

—Recuerda usted muy bien todos los detalles de esa muerte —comenté, mirándole con fijeza.

Me dirigió una sonrisa triste y volvió a encogerse de hombros.

—Es natural que sea así, señor —manifestó cansadamente—. Yo..., yo fui uno de los más fervorosos admiradores de Priscilla Kelly por entonces. Durante más de cinco años, tuvo flores en su nicho gracias a mi recuerdo. Pero el tiempo borra todas esas cosas de juventud, esos falsos amores de muchacho que provocan las heroínas de la pantalla. Ahora las cosas ya no son igual. Nunca lo serán. Se terminó con la magia de una época y de unos mitos, eso es todo. Ahora, señor, si me lo permite... Debo seguir mi tarea.

—Claro —asentí. Puse otro billete de cinco dólares en su mano—. Esto para que compre unas flores para Priscilla Kelly. Tal vez ella quiera que alguien siga recordándola aun después de tanto tiempo...

Cuando me fui, tenía húmeda la mirada. Creo que aún seguía enamorado de Priscilla Kelly, aunque él lo negara incluso a sí mismo. Esa devoción al mito, al ser que para aquel pobre hombre sólo fue en vida una pálida sombra en la pantalla del tecnicolor, me había logrado impresionar. Ciertamente, pensé, las cosas ya no eran así en el mundo de hoy. Tal vez porque no existían ya los mitos.

Los recortes de periódico que me facilitara la rubia Belinda Graham no eran demasiado reveladores. Hablaban de la muerte de Priscilla en el jardín de su lujosa casa de Beverly Hills, su historia amorosa con Walter Graham, sus supuestos romances con galanes famosos, como Alan Curtis, John Wayne o Turhan Bey, sus disputas agrias con compañeras de trabajo, como Ella Raines o María Montez, y su gran amistad con otra actriz de parecida categoría a la suya, Laraine Scott, a quien recordé por películas de «cine negro», junto a Bogart, Garfield o Dana Andrews, entre otros.

Al parecer, Laraine Scott es quien había hablado durante la encuesta sobre sus dudas acerca de que Priscilla Kelly hubiera podido estar tan borracha como para caer desde la terraza abajo. Según ella, la actriz desaparecida bebía bastante, pero nunca hasta embriagarse. Y, rotundamente, negaba haberla visto jamás tomar somníferos ni ninguna otra clase de píldoras o sedantes hipnóticos. Pero el hallazgo de un par de frascos de distintos barbitúricos en su domicilio, parecieron echar por tierra esa afirmación de su amiga, aunque ésta siguiera negando que fuesen de Priscilla.

La encuesta se resolvió en favor de la teoría del accidente, decisión a la que sin duda no era ajena la poderosa influencia que sobre los medios de la ciudad, incluida la policía de aquel tiempo, ejercía un hombre como Walter Graham, nada interesado en que una publicidad escandalosa pudiera arruinar su industria cinematográfica.

Contemplé las diversas fotografías de las dos mujeres, en distintas reuniones sociales, fiestas brillantes del Hollywood de entonces, y otras tomadas durante el rodaje, en los *platos* de la International Films. Priscilla Kelly había sido muy bella. Y también Laraine Scott, su mejor y tal vez única amiga en el mundillo del espectáculo. Me pregunté qué habrían hecho los años en el físico moreno y esplendoroso de la Scott.

Una fotografía, en especial, atrajo mi atención. Se había publicado en la columna de chismes cinematográficos de Lucille Pearson, la primera comadre de Hollywood en su época, en la revista ilustrada *Golden Screen*. Al pie de una fotografía donde se veía salir de alguna parte a Priscilla Kelly, con un suntuoso traje de

noche, del brazo del sonriente caballero canoso que era Walter Graham, el productor, y llevando al otro lado a su inseparable amiga Laraine Scott, se podía leer este comentario:

La última fotografía en vida de la infortunada Priscilla Kelly. A la salida de la recepción en el Tuxedo Club de Sunset Boulevard, en compañía del productor Walter Graham y de su mejor amiga. Laraine Scott. Terminaba el cóctel de presentación de su última película, La dama de la gardenia blanca y sólo unas horas más tarde, esa misma noche, Priscilla encontraba la muerte en una caída tan trágica como sorprendente.

Me dirigí al *Sunset Boulevard*. Y busqué el *Club Tuxedo*.

No me sorprendió la decepción. Aquel local ni siquiera existía ya. En su lugar se alzaba un supermercado con *parking* subterráneo. Pregunté por los alrededores. Casi nadie se acordaba ya de que hubiera existido allí un local de ese nombre. Solamente una anciana señora, vecina de la manzana que ocupaba ahora el supermercado, asintió a mi pregunta, poniendo expresión de nostalgia.

—Ah, joven, éstos eran otros tiempos —se lamentó—. Ahora sólo piensan en levantar edificios con Bancos, supermercados y aparcamientos. Ya nadie se acuerda de sitios como el *Club Tuxedo*. Sí, ahí estaba. ¡Qué noches, cuando había una fiesta cinematográfica! La policía tenía que acordonarlo todo, los focos resplandecían iluminando la fachada y la acera, los reporteros y los admiradores formaban muchedumbre... Y entonces aparecían las grandes figuras de la pantalla, aclamadas por todos. Yo me asomaba a mi ventana, enfocaba mis prismáticos hacia ellas... Era maravilloso ver en persona a gente como aquella... Yo he visto salir de ahí a Gregory Peck, a Jennifer Jones, a Bette Davis, a Errol Flynn y a Olivia de Havilland, a Judy Garland, a Mickey Rooney, a Betty Grable y a Gary Grant... Dígame, joven, ¿dónde están ahora todos ellos, vivos o muertos? ¿Se acuerda de lo que fueron? Ya sólo se les puede ver en los programas evocadores de la televisión... Ah, el *Club Tuxedo*... ¡Qué recuerdos! Y pensar que un día, hace más de quince años, se les ocurrió derribarlo para construir ese horrible

negocio en su lugar...

Me alejé de la zona. Yo no había conocido esos tiempos, pero empezaba a hacerme una vaga idea de lo que fueron. Me pregunté si valía la pena haber cambiado tantas cosas. Sin duda, el Hollywood de Priscilla Kelly no se parecía en nada al que yo conocía ahora.

Entonces, tras echar una ojeada más a los comadreos periodísticos de Lucille Pearson, encontré un nombre interesante: Sidney Greaves. Había sido el manager de Priscilla Kelly durante toda su carrera cinematográfica. La Pearson insinuaba allí, con su lengua de víbora, que Greaves había sentido por su representada algo más que amistad e interés profesional.

Busqué en la guía telefónica de Hollywood, esperando encontrarme con otra decepción. Pero esta vez no fue así. Hallé lo que buscaba: Sidney Greaves, representaciones artísticas. Tenía sus oficinas en Culver City. Y hacia allá me dirigí.

* * *

Era un sesentón sólido y firme. Representaba poco más de cincuenta años, tenía complexión robusta y pelo ralo y salpicado de algunas canas. Su cara recordaba a William Bendix, con la nariz ancha y aplastada, sin duda por un pasado pugilístico.

Me estrechó rudamente la mano y me hizo sentar ante su mesa de trabajo. Observé que las paredes de la ancha y luminosa oficina, estaba salpicada de fotografías enmarcadas, dedicadas todas ellas a Greaves. Eran famosas figuras del cine, de todos los tiempos, desde Spencer Tracy a Steve McQueen, pasando por Katherine Hepburn y Marilyn Monroe. Pero no vi rastro de ninguna fotografía de Priscilla Kelly.

—Bien, señor Vincent —dijo, tras echar una ojeada a mi tarjeta de visita—. Usted dirá en qué puedo servirle. Veo que es detective privado...

—En efecto, señor Greaves. Deseaba charlar con usted un breve tiempo, si me lo permite. Estoy investigando un asunto relacionado con alguien a quien usted conoció bien, sin duda alguna.

—Yo conozco y he conocido a todo Hollywood —sonrió ampliamente, dejándome ver dos dientes de oro en su boca. Luego

señaló con un ademán las hileras de fotografías en las paredes—. No sólo he sido representante de muchos de ellos, sino también su amigo Y en esta ciudad no es fácil encontrar amigos, créame.

—Le creo —sonreí—. Vivo en ella.

—Bien. Usted me dirá lo que desea de mí. ¿De qué persona busca informes?

—De una que murió hace años. Priscilla Kelly —dije, mirándole fijamente.

Si había sido boxeador alguna vez, sin duda fue un encajador. Mi golpe no le afectó. Su ancho rostro de mandíbulas cuadradas siguió imperturbable. No pestañeó. Pero algo, un leve tic, una contracción muscular o nerviosa en uno de sus párpados, me reveló que, en el fondo, sí acusaba el impacto.

—Vaya... —comentó, calmoso, mirándome muy fijo—. De eso hace ya muchos años...

—Treinta —asentí.

—¿Por qué le interesa en particular Priscilla Kelly?

—Eso no puedo decírselo. La ética me impide revelar el nombre y motivos de mis clientes, compréndalo.

—Ya. De modo que tiene un cliente interesado por Priscilla Kelly.

—Eso es.

—Si quiere visionar sus películas, puedo ponerle en contacto con una empresa que alquila filmes en dieciséis milímetros o en Súper 8. También puedo recomendarle a la filmoteca de la emisora de televisión KTTV...

—No, gracias. No son sus películas las que me interesan, sino ella.

—Ella ha muerto hace todos esos años. ¿Qué puede interesarle de una difunta que lleva tres décadas enterrada?

—Su muerte, por ejemplo.

—Fue un desgraciado accidente. ¿Es que no lo sabe?

—Eso dijo el informe oficial: Pero hay quien asegura que pudo ser un crimen.

—¡Un crimen! —repitió Greaves, con tono irritado—. Tonterías. La gente siempre habla de estupideces así. Para el vulgo, también la muerte de Valentino tuvo algo de trágico y siniestro. Y sólo fue una perforación intestinal. María Montez tuvo un destino tétrico y pudo

morir en su bañera. Sólo fue un paro cardíaco por seguir un régimen de adelgazamiento demasiado riguroso, lo mismo que Carmen Miranda o Laird Gregar, aquel gordo muchacho de *Concierto macabro*. Jack, el Destapador y ¿Quién mató a Vicky? La gente siempre gusta de ver fantasmas donde no los hay. Estoy seguro de que Priscilla se mató accidentalmente.

—¿Por qué está tan seguro? ¿Acaso esa noche salió ebria de las fiesta del *Tuxedo Club*?

—Vaya, veo que está bien informado... —Me estudió entre receloso y malhumorado. Toda su cordialidad inicial parecía haberse evaporado de repente—. Sí, esa noche estuvimos en la fiesta de presentación de su última, película, lo recuerdo muy bien. Algo le pasaba a Priscilla. Bebió demasiado. Incluso tuvo un incidente con un reportero. Y discutió acaloradamente con su mejor amiga, cosa poco frecuente en ellas.

—¿Se refiere a Laraine Scott? —sugerí.

—Infiernos, claro que sí —parecía enfurecerle mi conocimiento de los hechos—. Lo cierto es que el viejo Graham tuvo que poner paz y calmarla. Le dio un bromuro y se la llevó a casa, aunque eso sí, haciendo la comedia de que todo iba bien cuando salimos del local. Había que guardar las apariencias entonces. Para la gente, eran mitos, auténticos dioses incapaces de un solo error humano. Cielos, cuánta mentira generó siempre ese afán de mitificar a personas para convertirlas en el sueño de millones de seres.

—Usted intervendría activamente en crear esas mentiras.

—Por supuesto. Era mi trabajo —sonrió a su pesar, acudiendo la cabeza—. Como le decía, esa noche bebió demasiado. Parecía ocurrirle algo, no sé si sufría una depresión o cosa parecida, pero se excedió en los cócteles. Les acompañé hasta su coche, un impresionante Cadillac rojo, al que subieron, partiendo hacia Beverly Hills, donde ella tenía su flamante mansión, regalo de Walter Graham. Fue la última vez que la vi con vida. Pobre Priscilla...

—¿Usted se quedó en el *Club Tuxedo*?

—En la entrada. Volví al interior, tomé un par de copas más y, me fui a casa. Al día siguiente me enteré de lo ocurrido. No podía creerlo.

—¿Y Laraine Scott? ¿También ella se quedó allí?

—Claro. Tomó su propio coche y se alejó. Ya le dije que ambas se habían enfadado durante la recepción. Eso no ocurría frecuentemente. Se llevaban muy bien las dos.

—¿Eso fue todo la noche de la tragedia?

—Todo, que yo recuerde.

—¿Ella no tomaba habitualmente sedantes o somníferos?

—Eso me sorprendió, la verdad. Nunca me había hablado de ello ni sabía que médico alguno se los recetara. Lo hablé con el viejo Graham, pero no me respondió en ningún sentido y no insistí. En cierto modo, señor Vincent, al morir esa noche y no después, Priscilla se evitó un gran dolor, si he de serle sincero.

—¿Un dolor? —arrugué el ceño, observándolo sorprendido—. ¿Qué clase de dolor?

—¿Es que no lo sabe? —suspiró, con cierta extrañeza, como si le pareciese raro que yo no supiera eso también—. ¿Nadie le ha hablado de Stephen Carson?

—No —negué—. Stephen Carson... ¿No era un actor?

—Un actor mediocre y sin ninguna película notable en su haber —afirmó Greaves—. Pero era joven y guapo. Y poco escrupuloso, la verdad. A mí no me gustaba, pero a Priscilla le resultaba encantador. No se lo reprocho. Para una joven de su edad y físico, debía ser muy duro reducir su vida amorosa a un hombre maduro como Walter Graham. Lo cierto es que se enamoró de Stephen Carson locamente. Y él aprovechaba la ocasión para sacarle dinero. Era un tipo de esa clase. Su físico de deportista, su rostro atractivo, eran su medio de ganar dinero con las mujeres. La pobre Priscilla nunca se dio cuenta exacta de eso.

—¿Por qué dice que se evitó un dolor al morir esa noche? ¿Qué pasó con Stephen Carson?

—Fue como una dramática jugarreta del destino, señor Vincent. Esa misma madrugada, se mató en accidente de automóvil, cuando viajaba en su coche desde Los Ángeles a San Diego, para rodar al otro día unas escenas de una película. Al parecer, había bebido demasiado también en la fiesta, y no supo controlar su vehículo.

Me quedé callado. Sorprendido. Para mí, esta nueva noticia era algo más que una simple jugarreta del destino.

Tenía todas las trazas de ser una coincidencia asombrosa. O un segundo crimen.

CAPÍTULO III

—¿Un segundo crimen? ¡Oh, no, no, en absoluto!

—¿Por qué está tan segura de ello, señora Pearson?

—Porque nadie hubiera podido tener el menor interés en matar a un hombre como Stephen Carson. Era sólo un niño bonito sin nada dentro, el perfecto vividor a costa de mujeres caprichosas. No se complicaba en exceso la vida. Si la mujer de turno ofrecía algún problema serio, se apartaba de ella y buscaba a otra. Provocar a maridos o a amantes ricos no era su fuerte.

—Pero Priscilla Kelly estaba enamorada de él. Y era la amante de Walter Graham, ¿no?

—Walter Graham nunca fue un hombre celoso. Sabía que era viejo y que iban por su dinero y por su influencia. No se hacía ilusiones. Él fingía ignorar lo que sentía Priscilla por Carson, eso es todo.

—Señora Pearson, las personas a veces no son como creemos. Tal vez debajo de su aparente indiferencia en el terreno afectivo, fuese posible que sintiera celos llegado el caso.

—Lo dudo mucho. Y me precio de haber conocido bien a Walter Graham, padre, como luego conocí a su hijo.

Lucille Pearson una mujer de edad indefinida en apariencia. Se cuidaba mucho, sin duda alguna, y hasta era posible que hubiera sufrido alguna intervención de cirugía estética para mejorar su físico. Lo cierto es que representaba unos sesenta años bien llevados. Sin embargo, un rápido cálculo, me hizo comprender que debía sobrepasar ya los setenta, dada su edad en tiempos de la Kelly, treinta años atrás.

Tenía el cabello intensamente blanco, cuidado y con un peinado sin duda costoso. Aquel blanco no era del todo natural, estaba

seguro de ello, pero le sentaba bien y le daba majestuosidad. Su rostro era redondo y pequeño, sus ojos rasgados y grises, la naricilla breve y la boca delgada y enérgica. De joven debió ser atractiva. Su figura, aunque algo chaparra, tampoco estaba mal. Vestía sobriamente de oscuro, con cierta elegancia. Un collar de perlas rodeaba su garganta implacablemente arrugada por el tiempo.

—Usted ha debido conocer a todo Hollywood —comenté.

—A casi todo —sonrió ella afablemente, entornando sus ojos con aire melancólico—. La columna de Lucille Pearson hizo historia en las páginas del *Golden Screen*. Hoy en día no hay gente como nosotros, los de entonces. Ahora sólo se preocupan del sexo y de la política. Eso ensucia las personas y las cosas.

—Sin embargo, usted tuvo siempre fama de venenosa con su pluma.

—Me limitaba a contar chismes y comadreos. Yo nunca afirmaba nada. Era sólo el eco de la maledicencia de esta ciudad. El noventa y cinco por ciento de esos chismorreos resultaba invariablemente cierto. Pero nadie me procesó nunca por injurias, calumnias o cosa parecida.

—Hábleme de Priscilla Kelly. ¿Cree que a ella sí la asesinaron?

—Yo así lo hice constar en mis comentarios, pero siempre recogiendo opiniones ajenas, jovencito.

—Ahora ya no escribe usted esa famosa columna. ¿Por qué no trata de darme su propia opinión?

—¿Cree que le servirá de algo?

—Es posible que sí. Por eso he venido a verla. Confío en que sus palabras me presten alguna ayuda en este caso.

—Veo difícil que descubra algo después de tantos años —me estudió pensativa—. Incluso me pregunto si valdrá realmente la pena que trabaje en esto. ¿Ha dicho que no puede darme el nombre de su cliente?

—Eso dije. Es cuestión de ética.

—Lo comprendo —meneó afirmativamente su blanca cabeza—. De todos modos, lo que yo piense de todo aquello, de poco va a servirle. Sí, creo realmente que mataron a Priscilla Kelly, que su muerte fue un asesinato. Pero no tengo en qué basarme para ello. Es sólo una apreciación personal, sin base alguna.

—¿Es cierto que ella nunca se embriagó hasta ese punto?

—Bueno, bebía bastante, pero sólo la vi algo ebria una noche: justamente aquélla en que murió, en el *Club Tuxedo*.

—Sí, me han hablado de ello. ¿Lo bastante ebria para matarse tan absurdamente?

—Entonces, no. Pudo haber bebido más en casa. Pero ya le dije que no creo que fuera un accidente. De lo que sí estoy segura es que ella nunca tomó barbitúricos.

—¿Quién pudo tener interés en matarla?

—Lo ignoro —se encogió de hombros—. No creo que nadie pueda responder a esa pregunta. Ni tampoco que interese ya demasiado, treinta años después de su muerte. Remover el fango no va a resolver nada a estas alturas, créame.

—Posiblemente no. Pero cobro por hacerlo, y no me detendré por nada. ¿No había disputas entre ella y Walter Graham?

—Que yo sepa, muy pocas. Ella tenía el carácter fuerte. Y Graham también. Además, Priscilla quería llegar lo más alto posible, y muy deprisa. Graham no la consideraba lo bastante buena actriz ni taquillera como para arriesgar su fortuna en lanzarla como primera estrella de su productora. Eso provoca fricciones entre ellos, inevitablemente. Pero no excesivas para lo que era entonces esta ciudad.

—¿Graham tenía esposa por entonces?

—No. Había enviudado pocos años atrás. Tenía solamente a su hijo, el joven Graham. Un muchacho que contaría unos veinte o veintiún años cuando murió Priscilla. Creo que no encontrará mucho buscando en esa dirección, mi joven amigo. Usted parece empeñado en crear un triángulo amoroso, celos y crimen pasional, entre Priscilla, Graham y otra persona, sea una esposa o amante celosa, sea con el joven Carson.

—Si no fue por esas causas, ¿qué pudo inducir a alguien a matar a aquella joven actriz de un modo tan brutal?

—Eso nunca se sabe. No todo el mundo tenía afecto a Priscilla Kelly. Por alguna razón que ignoro, un actor entonces de moda, que trabajó con ella en varias películas, confesó después de morir ella que la había odiado lo suficiente como para no asistir siquiera a su funeral. Pero no dijo los motivos de ese odio.

—¿Quién era ese actor?

—Howard Ryan. Todo lo contrario de Carson: un buen actor

dramático, un hombre en plena madurez artística, responsable y sobrio. Alcanzó mucha notoriedad entonces como galán de moda y logró incluso competir en éxito taquillero con gente como Gable o Flynn. Personalmente, creo que Howard era más actor que ellos dos.

—¿Qué se hizo de él?

—Se retiró en pleno éxito. Ahora ignoro qué es de su vida, la verdad.

—Bien, creo que no debo molestarla más —suspiré, poniéndome en pie y contemplando pensativo el confortable *living* de la casita de Bel Air donde nos hallábamos reunidos la en un tiempo célebre chismosa de Hollywood, y yo—. Me temo que debo seguir buscando hasta encontrar alguna pista sólida. Pero le agradezco que no haya puesto objeciones a colaborar conmigo en todo esto, señora Pearson.

—Siento no poderle ayudar mejor —se puso ella también en pie, guiándome hacia la salida—. La verdad es que siempre deseé que se descubriera todo y el asesino pagase su crimen, si realmente había habido crimen. Pero la policía aceptó el veredicto de muerte accidental, y ahí termino todo. Me temo que ahora, después de tantos años, va a serle muy difícil, por no decir imposible, dar con la verdad de todo aquel asunto.

—Eso lo sabía desde el principio, pero no me arredré al aceptarlo. Ojalá tenga más suerte en el futuro...

Habíamos llegado a la puerta de la casita. La señora Pearson se detuvo en el umbral, frente a las azaleas y peonías que floreaban en su pequeño jardincillo. Vi que sus ojos se animaban súbitamente. Busqué el motivo.

Un automóvil deportivo, de color guinda, se había detenido ante la cerca de la casa. Desde el volante, una joven rubia de larga melena flotante, pulsó jovialmente el claxon repetidas veces, y luego agitó su brazo. La señora Pearson sonrió enternecida.

—Mi nieta —dijo risueñamente—. Un torbellino difícil de parar.

La joven abrió la portezuela, saltando a tierra ágilmente. Vestía unos ceñidos *jeans* azules y una camiseta sin mangas, de color amarillo, adherida totalmente a sus jóvenes pechos, pequeños y firmes. No debía tener más de dieciocho años. Observé que sus piernas eran esbeltas y bien formadas, de prietos muslos y acentuadas nalgas.

Saltó la cerca alegremente y corrió hasta su abuela, a quien besó y abrazó, antes de fijarse en mi presencia.

—Abuela, me fue imposible venir antes —dijo con voz cantarina, exultante de vitalidad, como toda ella—. He tenido mucho que hacer con los exámenes...

—¿Todo ha ido bien, querida niña? —preguntó dulcemente la ex periodista.

—Perfecto —asintió la muchacha. Luego se fijó en mí. Pude ver que tenía los ojos muy azules y límpidos—. Eh, ¿quién es este tipo tan guapo, abuela?

—Vamos, vamos, Judy querida —la reprendió severamente su abuela—. ¿Qué modo de expresarse es ése?

—¿Ocurre algo? —replicó con desparpajo—. Es un hombre muy atractivo, ¿no? No tiene nada de malo decirlo.

—Debe perdonarla, señor Vincent —me dijo Lucille Pearson—. Esta juventud de ahora no sabe respetar a nadie...

—No tiene importancia —sonreí, mirando a la chiquilla—. Es un halago que una joven tan bonita me haya dicho eso, se lo aseguro.

—Los viejos no entienden estas cosas, chico —me confesó amigablemente ella, poniendo una mano en mi brazo y guiñándome el ojo—. Siguen aferrados a sus viejas costumbres y sus hipocresías de entonces. Si me gusta un chico, ¿por qué no he de decirlo? ¿Qué es lo que vendes? Porque debes forrarte cuando das con mujeres como clientes, ¿no?

El desparpajo cínico y agresivo de aquella muchacha me hizo reír. Negué con la cabeza.

—No vendo nada —confesé—. Sólo vine a visitar a tu abuela, Judy.

—Es un detective privado —explicó la señora Pearson pacientemente—. Está investigando un asunto y creyó que yo podía ayudarle.

—¡Detective privado! —exclamó Judy, contemplándome absorta—. No es posible... ¿Un tipo como esos de la televisión?

—Bueno, no exactamente —sonreí—. La vida no es un telefilme, jovencita. Mi trabajo es mucho más rutinario. Ni siquiera llevo un arma encima jamás.

—Oh, qué desilusión. ¿Tampoco caen rendidas las chicas en tus brazos ni te las llevas a la cama?

—¡Judy! —se escandalizó su abuela, severo el tono—. Creo que te estás propasando en exceso. Ese lenguaje no me gusta, bien lo sabes. El señor Vincent investiga un asunto muy viejo. Algo que sucedió más de diez años antes de nacer tú, ¿entiendes? No es uno de esos investigadores cínicos y depravados que salen en las malas películas. Judy.

—Pues es una lástima —rió la jovencita mirándome con fijeza—. Cada vez me gustas más, ¿sabes? Y siendo un detective privado, me chiflas. ¿También bebes Gimlet, como Marlowe?

—No. Sólo *whisky*. Bourbon —le guiñé un ojo—. Y bebo bastante, eso sí. No soy un tipo recomendable, créeme. Ninguno lo somos. No te fíes de los detectives privados. Judy.

—De ti, sí me fiaría. ¿Por qué investigas un asunto tan antiguo?

—Es largo de contar. Tu abuela puede decirte algo al respecto mucho mejor que yo.

—Sí, yo te contaré —se apresuró a afirmar la señora Pearson—. Judy, ¿cómo están tus padres?

—Como siempre. Papá en Nueva York, con sus negocios. Llegará para este fin de semana. Y mamá con su jardín. Ha conseguido unas flores preciosas con aquel cruce de que te habló...

—Bien, entra en casa, querida. En seguida me reúno contigo.

Judy asintió. Se empujó sobre sus zapatos de deporte, y me besó en la mejilla, antes de correr, riendo, hacia dentro de la casa, despidiéndose de mí:

—Hasta otra, guapo. ¡Lástima que no tenga unos años más para que me mirases como a una mujer!

Nos quedamos solos su abuela y yo. Ella me miró, con un suspiro, meneando la cabeza con aire de desaliento.

—Es una chiquilla terrible —comentó—. No la juzgue mal. En el fondo es más ingenua de lo que parece. Pero desea ser una mujer de vuelta de todo, ése es su mal. Creo que su madre, mi hija Mitzy, la tiene demasiado consentida, ésa es la verdad.

—No debe preocuparse. Las chicas hoy en día acostumbran a ser así. Eso las hace sentirse más fuertes y seguras de sí. Estoy convencido de que Judy es una gran chica. ¿Qué edad tiene?

—Dieciocho años exactamente. Pero es tan distinta a su madre... Mi hija Mitzy siempre fue muy seria, muy juiciosa. Tuvo ocasión de debutar en el cine a los diez años, pero lo rechazó. No le seducía ser

actriz, y menos una niña precoz al estilo de Shirley Temple o de Diana Durbin. El propio Walter Graham padre le ofreció la gran oportunidad. No hubo medio de convencerla. No quiso ponerse ante las cámaras. Ahora vive una existencia plácida, de ama de casa, como esposa de un financiero. No sé cómo ha podido tener una hija tan diferente. Pero eso sí, Judy es encantadora y me quiere tanto como mi hija. Por cierto, mi hija Mitzy fue una gran admiradora de Priscilla Kelly, ahora lo recuerdo. Cuando ocurrió la tragedia, ella tenía sólo doce años. Lloró como si hubiera perdido a un ser querido, y no quiso nunca más ir al cine a ver sus películas. Lo cierto es que no creo que haya vuelto a sentir afición alguna por el cine, señor Vincent... —Se interrumpió, moviendo su blanca cabeza—. Pero ¿qué estoy haciendo ahora, contándole todas esas tonterías? Discúlpeme. Cuando llega mi nieta, creo que logra también trastornarme. Buenas tardes, señor Vincent. Y si puedo ayudarle en cualquier otra cosa, no dude en venir de nuevo. Como dice mi nieta, la verdad es que es usted un guapo mozo y una no olvida que es mujer, aunque sea ya vieja...

Sonriente, me guiñó un ojo y me besó también en la otra mejilla. Me alejé de aquella casita, empezando a pensar si realmente sería tan guapo como decían abuela y nieta.

No había sacado gran cosa en limpio de mi visita a la ex comadre de Hollywood, pero al menos habían halagado mi ego. Y me habían besado una chiquilla y una anciana. Algo era algo.

* * *

Tomé mi tercer *bourbon* mientras sonaba en la máquina de discos una balada *folk* igual a tantas otras. Había oscurecido, y una fina llovizna, estaba empezando a dar brillo al asfalto ciudadano. Las luces del alumbrado callejero y de los establecimientos y anuncios, se reflejaba ya en el negro espejo de aceras y calzadas.

Había iniciado esta labor con entusiasmo, pero cada vez empezaba a sentirme más desalentado por el resultado de mis primeras pesquisas. Todo el mundo parecía pensar lo mismo: había pasado demasiado tiempo. Si hubo algún cabo suelto por entonces que pudiera conducir a desenredar la madeja, había desaparecido con los años y ya nadie se acordaba de él.

En las oficinas de tráfico de Los Ángeles me habían facilitado sin problemas una fotocopia del atestado policial sobre el accidente de carretera que costó la vida al joven actor y *playboy* Stephen Carson y, ciertamente, Lucille Pearson parecía tener toda la razón: no parecía en absoluto que hubiera sido un asesinato que pudiera relacionarse de un modo u otro con la muerte de Priscilla Kelly en su finca de Beverly Hills. Según aquel informe, el coche derrapó en un punto de la carretera Los Ángeles-San Diego, a la altura de San Clemente, desplomándose por un terraplén hasta cerca de la playa. Un automovilista que iba en dirección opuesta y presencié el hecho, detuvo su coche y trató de ayudar a la víctima. Al llegar abajo. Carson estaba muerto, sobre el volante del vehículo, y regresó a la autopista, donde ya se detenían otros coches. Avisada la patrulla, se comprobó que el vehículo funcionaba perfectamente, que no hubo fallo mecánico, y sí únicamente un fallo humano fatídico.

La autopsia reveló una aguda intoxicación etílica de la víctima, a quien sin duda por esa razón le fallaron los reflejos. Sin duda, también Carson había bebido de más en la fiesta del *Club Tuxedo* aquella noche. Ni un solo indicio que permitiera sospechar una simple y asombrosa coincidencia de trágicos sucesos.

De modo que resolví dejar de lado la investigación de la muerte de Stephen Carson, para centrarme solamente en el asunto que me encargara Belinda Graham: la muerte de Priscilla Kelly.

En vista de lo poco que hasta entonces había avanzado en mis averiguaciones, resolví que al día siguiente empezaría con una nueva entrevista a alguien que, tal vez, me diera algo de luz en el asunto, aunque su mente tuviera una zona en blanco.

Ese alguien era el esposo de mi cliente, Walter Graham *junior*, actual dirigente del imperio cinematográfico heredado de su padre, si bien hoy en día dedicado a ese cine menor que terminó con el viejo esplendor de Hollywood: los filmes para la televisión.

Visitaría los Estudios de la International Films Corporation en Santa Mónica.

CAPÍTULO IV

Era como penetrar en un mundo distinto. Distinto y absurdo. Un mundo hecho de retales de otros mundos en extraña mescolanza.

Tras las verjas de acceso, celosamente guardadas por cierres electrónicos y guardianes armados y uniformados, los sets se alineaban como fondo de los aparcamientos de vehículos. Había una zona reservada a los visitantes, donde aparqué mi coche, tras solicitar que me recibiera Walter Graham. El vigilante pareció a punto de echarme con cajas destempladas, pero terminó por hablar telefónicamente con Graham, y el prohombre de los Estudios autorizó mi entrada en el recinto cinematográfico.

Siguiendo las indicaciones del vigilante, crucé por entre dos calles del Oeste, un castillo medieval, un cementerio de películas de terror, una calle de Chicago de los años veinte, y un estanque en el centro del cual se erguía la impresionante mole de un velero del siglo XVII.

Una vez atrás todos esos escenarios para rodaje de toda clase de películas, vi el edificio encristalado destinado a oficinas administrativas de la productora. Un portero anotó mi nombre, consultó con un despacho, y me invitó a subir a la tercera planta. El señor Graham me esperaba.

Resultó ser un hombre cordial, de fácil sonrisa, duros ojos grises, facciones enérgicas, cabello castaño oscuro con muy escasas canas, y el aspecto saludable de un hombre de cuarenta y tantos años, entregado muchas horas a prácticas deportivas. Sin embargo, tenía ya cincuenta y dos años, puesto que a los veintidós le ocurrió aquel extraño vacío mental, justamente en el día en que murió Priscilla Kelly.

Estaba en mangas de camisa, discutiendo aspectos de un guion y

de unos diseños de vestuario con dos mujeres y un hombre, a quienes despachó al verme aparecer, quedando en verles más tarde. Nos dejaron solos al productor y a mí en el amplio despacho cuyas grandes vidrieras asomaban directamente a los diversos decorados. En dos de ellos, concretamente en un fuerte con sus inevitables soldados de guerreras azules y pieles rojas sitiadores, y en un teatro ochocentista, se estaba en rodaje, con los focos encendidos y el personal técnico y artístico deambulando de un lado para otro.

—Es un placer conocerle, señor Vincent —dijo, estrechándome con calor la mano—. Mi esposa ya me ha hablado de usted. ¿Un trago de algo, café, un refresco...?

—*Whisky*, por favor —pedí—. Sin agua.

Me sirvió mi bebida predilecta. Él se puso un café sin azúcar. Se quedó mirándome.

—Supongo que desea conocer mi propia versión de los hechos —manifestó sin rodeos.

Me gustaba la gente así. Directa al grano.

—Sí, por supuesto —asentí—. Su esposa me habló de amnesia...

—Una amnesia que dura ya treinta años —suspiró—. La más extraña amnesia que han tratado los psiquiatras. Sólo veinticuatro horas en blanco. Las del día 15 de enero de 1945.

—Lo sé. El día en que asesinaron a Priscilla Kelly.

—Sí, exacto —me taladró con su mirada—. ¿Comprende bien mis temores?

—No del todo aún. ¿Por qué relaciona su amnesia con ese suceso, señor Graham?

—Porque me veo obligado a ello. ¿No se lo contó mi esposa?

—No. Se limitó a contratarme para que encontrase al verdadero asesino, vivo o muerto en la actualidad, y quitarle así a usted su obsesión de culpabilidad.

—Tal vez ella prefiera que sea yo mismo quien se lo relate —comentó él con un encogimiento de hombros—. Es posible que sea mejor así, a fin de cuentas. ¿Qué es lo que quiere saber, exactamente?

—Todo, señor Graham. Sin quitar ni poner una coma —dije, sentándome con pereza ante él, a una indicación suya.

Me ofreció un cigarrillo, que rechacé. Probé un sorbo de su *bourbon*. Era excelente.

—Bien, señor Vincent. Intentaré ser lo más exacto posible —se acomodó en su mullido sillón giratorio, frotándose el mentón—. De todo eso hace ya treinta años, y muchas cosas no se recuerdan bien. Otras, como sabe, ni siquiera se recuerdan en modo alguno. Mi mente me jugó una mala pasada.

—¿Han explicado de alguna forma esa clase de amnesia los psiquiatras?

—De distintas maneras. Desde la posibilidad de un golpe violento hasta la de una droga capaz de dañar irreversiblemente una zona limitada de la memoria, hasta la de un complejo de culpabilidad o la existencia de una culpa real que obliga al subconsciente a encerrarse en un olvido total de los hechos. Como ve, hay donde elegir —comentó con amargura.

—Sí, es lo que acostumbra ocurrir con los médicos —asentí burlonamente—. Ninguno se pone de acuerdo. Dejemos ese punto, por favor. Creo que lo mejor sería limitarnos a la fecha en blanco, a lo que sucedió antes y después, ya que lo que abarcan esas veinticuatro horas no hay medio de conocerlo.

—Bien, Señor Vincent. Le contaré todo lo que sé —se retrepó en el sillón, haciéndolo girar lentamente mientras juntaba sus manos apoyando las yemas de los dedos de la izquierda en los de la derecha, como en actitud de oración. Tras un corto silencio, comenzó su relato con lentitud, mientras yo removía despacio mi vaso de *whisky*, todo oídos—: Lo único que recuerdo con nitidez es que yo detestaba a Priscilla Kelly.

—¿Por qué?

—Era la amante oficial de mi padre, todo el mundo lo sabía en Hollywood. Le debía a él su carrera cinematográfica. Era bonita y llamativa, pero como actriz no valía gran cosa. Me irritaba que mi padre viviera unido a una mujer infinitamente más joven que él. Hoy lo entiendo muy bien. Le llevo más de veinte años a Belinda, mi mujer. Pero entonces yo tenía solamente veinte años y poco más, y no podía comprender ciertas cosas, especialmente al haber muerto mi madre, a quien yo adoraba. La vida íntima de mi padre con una actriz joven me parecía aberrante. Y una ofensa para la memoria de mi madre. ¿Lo entiende?

—Claro. Cualquier hijo demasiado joven pensaría igual en su caso.

—Quizá el vivir lejos del ambiente cinematográfico, en un mundo de Universidades, colegios de lujo y todo eso, me hacía ver las cosas muy distintas a como eran en esta ciudad. A los veintiún años resolví terminar esos estudios, con la carrera de Derecho terminada, y dije a mi padre que quería ser productor cinematográfico, como él, siguiendo una especie de saga familiar. En vez de enfurecerse o replicarme negativamente, acogió sereno mi petición, la discutió conmigo, y cuando comprendió que ésa era mi vocación, no objetó nada y aceptó mis deseos. Me enseñó poco a poco los entresijos de este mundillo y de su trabajo. Él sabía que el monstruo de la televisión terminaría por devorar la industria del cine, y que los grandes mitos y las películas de famosos actores estaban en su fase final. Pero confiaba en que la propia televisión sería la salida idónea para evitar la crisis total algún día. Como siempre él tuvo razón.

—Dejemos de divagar, señor Graham. Vamos a los hechos.

—Es que los hechos no se entenderían sin ese preámbulo, Vincent —me señaló el magnate de la International—. Estaba empezando mi futura carrera de productor cuando supe, casi brutalmente, de las relaciones de mi padre con Priscilla.

—¿Se lo contó él o las lenguas ajenas?

—Ni una cosa ni otra: les sorprendí en un despacho. Ella estaba semidesnuda, dejándose acariciar por mi padre y pronunciando frases obscenas los dos. Me dejó alelado y salí corriendo de allí. Luego mi padre trató de explicarme las cosas, pero el trauma ya no tenía remedio. Creo que entonces comencé a odiar a la amante de papá.

—¿A odiarla... o a desearla de un modo morboso? —sugerí fríamente.

Pegó un respingo en su asiento. Me miró como si yo le hubiera pegado una estocada en un punto vital. Luego terminó soltando la carcajada y asintió con la cabeza.

—Creo que ahora lo entiendo así —murmuró sin avergonzarse—. Cosa de muchachos. Sí, mi odio por la amante de papá tenía mucho de deseo carnal, sin yo saberlo. Realmente, odiaba y deseaba a Priscilla Kelly, ahora lo entiendo muy bien. Pero entonces, yo sólo me daba cuenta del odio y nada más. No hablaba nunca a aquella mujer, rechazaba sus intentos de ser amable o afectuosa conmigo.

Creó que le di más de un corte delante de la gente, incluso. Ella no parecía tenérmelo en cuenta demasiado, la verdad.

—¿Sospecha que usted pudo despertar en ella un deseo semejante?

—No se le va una, ¿eh? Visto en la distancia y con mi experiencia actual, es posible que fuera así, pero lo cierto es que nunca llegaré ya a saberlo. Más tarde me enteré de que no era enteramente fiel a mi padre. Le gustaban los chicos jóvenes y seductores. Tenía relación con un tipo desagradable, un joven actor de ínfima calidad y gran apostura física, llamado Stephen Carson.

—Lo sé. ¿Cree que usted podía ser para ella otro Carson?

—Quizá —se encogió de hombros—. Pero nunca lo comprobé, porque mis sentimientos hostiles a ella no me permitieron tal cosa. Incluso es probable que hubiera sentido un horror sin límites al comprobar que podía tener cualquier relación sexual con la amante de mi propio padre. Entonces, yo era muy moralista, ya se lo he dicho.

—Bien. ¿Llegamos ya al día de autos, señor Graham?

—Exacto. Llegamos al 15 de enero de 1945. Entonces Hollywood estaba en pleno auge. La guerra daba sus últimos coletazos en el Pacífico y en Europa, y la gente quería olvidar los enfrentamientos bélicos y la inminente posguerra, que se previa difícil y llena de amarguras tras el triunfalismo inicial. Se producían películas musicales, comedias divertidas, gestas militares ante el Reich y los japoneses, fantasías orientales en colores brillantes y cosas por el estilo. Trabajábamos mucho por entonces, no siempre con actores idóneos, por hallarse la juventud en los frentes de batalla, pero los grandes mitos, muchos de ellos con títulos honoríficos militares y fotografiándose en aviones o navíos con sus hermosos uniformes, sostenían la industria en auge. Hacía unas semanas que las relaciones de Priscilla y mi padre no iban demasiado bien. Incluso yo había logrado advertirlo. Ella bebía más de la cuenta, disputaban con cierta frecuencia, y se había suspendido el rodaje varias veces a causa de crisis nerviosas de ella. Eso irritaba a mi padre, que era productor por encima de todo. Incluso con su mejor amiga, la conocida actriz Laraine Scott, había tenido una disputa bastante agria en un set de rodaje dos o tres días atrás. Recuerdo muy bien que la noche del 14 al 15 de enero, me

encontré con Priscilla Kelly en un club nocturno de modo casual. Era un local ya desaparecido hoy, el *Stars Club* de Wilshire.

—Todo desaparece con el tiempo —suspiré, recordando al *Tuxedo*.

Ella iba ligeramente ebria y la acompañaba el joven y guapo Stephen Carson. Priscilla se obstinó en que tomara una copa con ellos. Me negué inicialmente, pero ante su insistencia, decidí aceptar y marcharme rápidamente. Carson carecía de personalidad y no intervenía para nada, limitándose a tomar un combinado en silencio, como ajeno a ella y a mí.

Entonces, Priscilla me puso una mano en el brazo y me sugirió que fuéramos buenos amigos, y no fuese tan duro y hostil con ella. Me irrité y la rechacé. Ella me preguntó burlona si era todo eso por ser amante de mi padre. No quise responderle, y se echó a reír, diciendo que eso iba a terminar pronto.

—¿Eso le dijo? —me interesé vivamente—. ¿Que lo de su padre y ella iba a terminar pronto?

—Sí, exacto. Eso es lo que ella dijo. Y me ofreció su amistad. Yo la mandé al diablo en voz alta. En ese momento, Stephen Carson se molestó, exigiéndome que pidiera disculpas a una dama. Le repliqué que no tenía por qué pedir disculpas a una mujerzuela ebria y a un gigoló. Nunca debí decirlo. Carson era muy fuerte. Me soltó un directo que me hizo salir despedido del taburete, lanzándome contra la pared del club. Oí gritos y carreras precipitadas, pero yo estaba ya en el suelo, y me quedé medio inconsciente. Al recuperarme, ellos ya no estaban allí, y unos camareros me pedían disculpas, solícitos, creo que solamente porque yo era hijo de quien era. Me informaron de que habían echado del local al tipo que me pegara, en compañía de su dama. Abandoné el *Club* y caminé aturdido por la calle. Sé que tropecé o me tambaleé de repente, cayéndome en la calzada. Y ahí perdí la noción de todo. Recuperé mi consciencia, el recuerdo de las cosas, veinticuatro horas más tarde. Pero de momento, yo ignoraba eso, pensando estar en la misma noche.

Hasta que más tarde no supe que ella había muerto la noche del 15 al 16 de enero, que llevaba un día sin aparecer por casa ni por los Estudios, y que mi padre estaba preocupado por mí, no supe con exactitud que había un espacio en blanco en mi memoria, todo un

día sin saber qué fue de mí ni dónde estuve.

—Pudo ser a causa del puñetazo de Carson —sugerí pensativo, dejando mi vaso de *whisky* vacío sobre la mesa.

—Pudo ser —aceptó él, escanciando más *bourbon* en mi vaso, sin que yo lo rechazara—. Pero eso tal vez tampoco llegue a saberlo jamás, Vincent.

—Hábleme de su regreso a la normalidad y a la consciencia. ¿Cómo fue?

—Junto a una casa determinada de Beverly Hills.

Pegué un leve respingo y me quedé mirándole fijamente.

—¿No sería... la casa de Priscilla Kelly? —Gruñí.

—Precisamente. La casa de Priscilla Kelly, sí —afirmó con gesto sombrío—. Me pregunté qué diablos hacía yo allí. Tenía mis zapatos embarrados, mis ropas arrugadas. Y mis manos manchadas de sangre.

—Sangre... —repetí—. ¿Humana?

—Supongo que sí —sonrió torvamente—. No me ocurrió llevarla a analizar a ninguna parte, compéndalo. Sobre todo, cuando advertí que tenía un corte profundo en mi mejilla y había sangre seca en torno a él y en el borde del cuello de mi camisa, cuando me vi reflejado en un escaparate de un bar. Me alejé de allí, preguntándome cómo diablos había llegado a aquel lugar desde el *Stars Club*, situado a quince minutos de coche del lugar.

—Ha hablado de barro en sus zapatos. ¿Llovió ese día?

—Estaba lloviznando cuando recuperé la memoria, pero las calles estaban asfaltadas. No había barro en ellas.

—De modo que pisó algún lugar de tierra blanda.

—Sí.

—¿Había tierra blanda en el lugar donde cayó muerta Priscilla Kelly?

—A todo su alrededor, por supuesto. Ella se estrelló contra las baldosas de piedra del jardín. En torno suyo, todo eran senderillos de tierra y macizos de flores y setos. Ya he pensado en eso muchas veces. También en mi herida, en la sangre de mis manos...

—Pero no pudo comprobar nunca si estuvo dentro de la vivienda de ella.

—No. Nunca. Recuerde que a esas horas, ella ya estaba muerta.

—¿Qué hora era, aproximadamente, cuando usted tuvo noción

de las cosas?

—Eso no podré olvidarlo mientras viva. Miré mi reloj. Estaba parado. Eso debió hacerme comprender que habían pasado más de veinte horas. Entonces no llevaba reloj automático como ahora, Vincent. Se tenía que darle cuerda cada día. Lo puse en hora ante el reloj del bar donde me contemplé en una vidriera. Eran exactamente las dos y diez de la madrugada. Y no llevaba más de cinco minutos andando desde las cercanías de la casa de Priscilla en esos momentos.

—¿Nunca más sufrió otro lapso de vacío en su memoria, señor Graham?

—No, nunca. Cuando supe que había veinticuatro horas en blanco en mi vida, me sentí aterrado. Especialmente, al leer por la mañana el hallazgo del cadáver de Priscilla en su propio jardín.

—¿Y ha vivido treinta años con esa incertidumbre encima?

—Sí, Vincent. ¿Comprende ahora por qué mi mujer desea saber la verdad, buena o mala? Eso es mejor que cualquier otra cosa. Ella cree en mi inocencia.

—¿Usted no?

—No puedo creer en ella mientras no tenga una prueba irrefutable, compréndalo. Las dudas, la sospecha terrible, anidan en mí sin remedio. Tal vez el crimen mismo me hizo recuperar la noción de las cosas, por su propio peso de horror. O quizá lo presencié, sin poderlo recordar o... Dios sabe qué.

—¿Es todo lo que puede recordar de su regreso a la normalidad?

—Sí, todo.

—¿Nada especial, sospechoso, significativo, en torno suyo? — insistí.

—No, nada... —Se detuvo, vacilante. Pero luego negó con la cabeza—. Nada, seguro.

—¿Por qué ha dudado? ¿Recordó de repente algo?

—Sí, pero es una tontería. No tiene importancia.

—Aun así, me gustaría saberlo.

—Verá, Vincent, no quiero señalar ni acusar a nadie. No es mi estilo.

—Deje que yo haga eso. Usted límitese a contarme todo, sin perder detalle, por nimio que parezca... o no podré hacerme cargo de su asunto por más tiempo.

—Está bien —resopló—. Fue al recuperar la noción de las cosas, justamente. Creí ver un coche que se alejaba, del bordillo de la acera ante la casa de ella. Pero fue muy rápido y pronto desapareció en la esquina inmediata. No podría estar seguro de la clase de coche que era.

—No está seguro, pero cree saber qué clase de coche era —insinué.

—Sí —tragó saliva—. Fue una impresión. Puede resultar errónea. Lloviznaba, y el reflejo de una luz alumbró su carrocería. Pero no puedo estar seguro, ya se lo dije.

—Aun así, dígamelo.

—Bueno, creí que era un Rolls Royce plateado. Pero todo fue muy rápido, insisto.

—Un Rolls Royce plateado... —repetí—. Un coche poco corriente, sobre todo en aquellos días, en plena guerra y en los Estados Unidos...

—Sí, eso es cierto.

—Dígame, señor Graham: usted sabe quién tenía por entonces un Rolls de esas características, ¿no es cierto?

—Sí, lo sé. Pero no puedo señalar a una persona sin tener seguridad total de...

—Por favor, no se obstine en negarme esa información. ¿Quién tenía un Rolls Royce plateado?

Mi interlocutor se rindió con un profundo suspiro.

—Solamente una persona en todo Hollywood: Howard Ryan, el famoso actor.

Howard Ryan. Recordé haber oído su nombre en boca de la gran chismosa de Hollywood, Lucille Pearson: era el actor que odió a Priscilla Kelly en vida por motivos desconocidos, y que incluso estuvo ausente en sus funerales a causa de ese odio inexplicable.

Ahora sabía cuál era mi próxima visita en aquel endemoniado recorrido por el polvoriento pasado de gentes y hechos: el propio Howard Ryan.

CAPÍTULO V

Era como pisar un santuario. Como adentrarse en un túnel del tiempo, mágico y obsesivo, donde el presente no existía para nada.

Así era la mansión de Howard Ryan en Sunset Boulevard. A su lado, la de Gloria Swanson en *El crepúsculo de los dioses* no era nada. Ocupaba casi toda una manzana, la cercaban altos árboles y espesos setos, así como una elevada verja de hierro, y la edificación grande, casi monstruosa, de dos plantas, numerosas arcadas como atrios de un viejo convento, piscinas y canchas de tenis, aparecían aquí y allí, como si Howard Ryan se rodeara de cientos de invitados habitualmente. La casa tenía el peculiar estilo de los veinte, era sólida, costosa y fea. En su interior, la sensación de haber retrocedido en el tiempo un medio siglo aproximadamente, se hacía más ostensible aún.

La decoración, pesada y barroca, los numerosos pósters y afiches de viejos filmes, con la efigie inolvidable del gran Howard Ryan, junto a mitos dorados de Hollywood, como la Hepburn, la Garbo, Claudette Colbert o Joan Crawford, se alternaban con vitrinas iluminadas, donde numerosas fotografías de la época mostraban diversas películas y momentos de la vida del célebre actor.

Cuando un severo e impasible mayordomo digno de un viejo filme de la Metro me condujo a su presencia, Howard Ryan estaba en una pequeña y suntuosa sala cinematográfica, reproducción del Teatro Gaumont o del Teatro Chino, presenciando, cómodamente sentado en una butaca, la proyección de uno de sus viejos filmes. Observé que ocupaban la fila de butacas, a ambos lados de la vieja gloria estelar de Hollywood, la friolera de seis hombres, tres a cada lado, todos ellos jóvenes, vigorosos y vestidos de oscuro, con expresión de pocos amigos. Mi instinto me dijo que todos ellos eran

guardaespaldas.

Howard Ryan detuvo la proyección con un gesto. Las luces se encendieron en la sala. Al ponerse en pie, con aire elegante y lleno de displicencia, observé que aún era alto, esbelto y con sus inconfundibles facciones, popularizadas por la pantalla a través del mundo entero, entre los finales del cine mudo y el esplendor del sonoro y del color. Pelo canoso, escaso ya, facciones delicadas, surcadas de arrugas, ojos azules y fríos, boca delgada y ademanes aristocráticos, noté que su mano era helada al apretar la mía, y que no había el menor calor en aquel hombre, cuyo batín de seda azul dejaba ver la seda de su camisa cara y bien cortada. Ahora debía tener unos setenta años largos. Pero todavía conservaba una sorprendente galanura, aunque su edad era indisimulable.

—Señor Vincent, sea breve —me pidió—. No acostumbro conceder entrevistas a nadie, y menos cuando asisto a alguna proyección. Pero el hecho de que en su tarjeta indicase que es detective privado me ha despertado la curiosidad. ¿Puedo saber a qué debo el honor de su visita?

—Seré muy breve, señor Ryan —asentí, observando de reojo los rostros sombríos de sus acompañantes—. Podrá seguir viendo su filme enseguida.

—Creo que tendré que aplazar la proyección para más tarde —suspiró—. Daisy está algo enferma y debo subir a reunirme con ella para tomar el té.

—¿Daisy? —repetí, sin saber a quién se refería.

—Mi compañera —sonrió débilmente—. Todo el mundo sabe que Howard Ryan jamás se casó. Pero tengo una compañera de mi vida que no tiene por qué aparecer en los comadreos de la prensa amarilla. Esta horrible ciudad nunca es piadosa con la vida privada de sus habitantes.

—Sí, lo sé. Señor Ryan, ¿es cierto que usted odiaba a Priscilla Kelly?

Se puso rígido, como si le hubiera apoyado un revólver amartillado en el pecho. Sus gélidas pupilas azules casi me taladraron, sin la menor simpatía.

—¿A qué viene esa pregunta, señor Vincent? —Chirrió su voz—. Priscilla Kelly lleva muerta más de veinticinco años.

—Treinta, para ser exactos —sonreí.

—Más a mi favor. ¿No es una pregunta impertinente?

—Le aseguro que no, señor Ryan —rechacé—. Estoy investigando la muerte de Priscilla Kelly.

—¿No es un poco tarde para eso?

—Mi cliente me paga por ello. No hago preguntas a quien paga bien.

—Su cliente debe estar loco.

—Es posible. Pero paga. Yo no soy psiquiatra, sino detective.

—Su pregunta no me gusta en absoluto. Pero deseo ser cortés con usted —me miraba con una rara fijeza, y casi llegué a pensar que le caía simpático y todo—. Sí. Odiaba a esa mujer. Como a nadie en el mundo.

—¿Por qué?

—Ése es asunto mío —volvió a mostrarse glacial—. La odiaba, eso es todo. Era una mujer detestable.

—¿Le alegró su muerte?

—Consideré que era una buena noticia, eso es todo.

—¿No asistió a su funeral?

—No, en absoluto.

—¿Por algún motivo?

—¿Le parece poco odiar a una persona? Asistir a su funeral, además de hipócrita, carece de sentido, mi joven amigo.

—Sí, eso es cierto. Si la odiaba tanto, tal vez hubo quien sospechó que usted pudo haberla matado.

—¿Está loco usted ahora? —Se irritó—. Su muerte fue un accidente.

—Hubo quien no pensó así.

—La policía y el *coroner*, sí. Eso basta, ¿no le parece?

—Para mí, no. Creo que la asesinaron.

—Allá usted con sus ideas —hizo un gesto de impaciencia—. Creo que hemos terminado nuestra entrevista, señor Vincent. Debo reunirme con Daisy ahora...

Howard Ryan se me iba a escurrir de entre los dedos como una anguila. Su gesto era de fastidio, y el de sus acompañantes de hostilidad nada alentadora. Si insistía demasiado, no veía clara mi situación en aquella fantasmal residencia donde se había petrificado el pasado.

—Señor Ryan —traté de forzar las cosas, cuando vi que iniciaba

su marcha, escoltado por su corte de protectores—. ¿Qué hacía usted la noche del crimen en casa de Priscilla Kelly? Le vieron salir de allí en su Rolls Royce plateado.

Sabía que era un error, aun antes de decirlo. Pero el error estaba cometido ya. Sus consecuencias no se hicieron esperar demasiado, la verdad.

—Márchese —dijo agriamente, endureciendo sus facciones pálidas y suaves—. Vamos, márchese enseguida, ¿está bien claro?

—Ya me voy —asentí—. ¿No tiene respuesta para esa pregunta, señor Ryan?

—Ninguna respuesta. Está usted mintiendo. Yo nunca estuve en casa de esa mujer, y menos en la noche de su muerte.

—Es usted quién miente, sospecho —aventuré, empeorando todavía más las cosas—. Estoy seguro de que le vieron realmente allí. ¿Qué teme? ¿Que puedan acusarle de ese crimen?

Los ojos azules eran hielo puro. Su voz fue como el filo de un cuchillo:

—Fuera —silabeó—. No espere ni un segundo más o le pesará. No tolero ser insultado bajo mi propio techo. Es mi última palabra, se lo aseguro. No quisiera ser desagradable, pero me está obligando a serlo.

—Eso no es una respuesta. ¿Tenía algún motivo para odiarla? ¿El mismo motivo que podía tener, para matarla?

Había tocado fondo. Dos de sus hombres vinieron hacia mí. Ryan no pronunció palabra alguna. Evidentemente, no hacía falta. Su gente sabía bien cuándo debía intervenir. Me encogí al verles venir, dispuesto a repeler cualquier violencia. No me sirvió de mucho.

Uno de ellos extrajo con rapidez una corta cachiporra de cuero relleno, que estrelló contra mi cara brutalmente. Sentí el impacto en la nariz, y comencé a sangrar. Al mismo tiempo, el otro tipo me aferró por las hombreras de mi chaqueta, me zarandé y me puso la zancadilla. A pesar de que le disparé dos mazazos al estómago con mis puños, no logré nada. Noté que mis nudillos chocaban con un muro de músculos duros y flexibles, que el individuo ni se inmutaba, y caí de espaldas, entre unas risas ásperas.

Aún no me había dado exacta cuenta de todo ello, cuando uno de los esbirros del actor me descargó un patadón bestial en plena

cabeza. Salté hacia atrás como un resorte, notando una sacudida dolorosa en mi cráneo, y la boca se me llenó de un salobre sabor, mientras escupía sangre y mis dientes oscilaban en las encías. Otro de los guardaespaldas de Ryan me clavó la puntera de su zapato en las costillas, y creí sentir que éstas se hacían astillas, clavándose en mi carne. Tal vez fue una sensación exagerada, pero el dolor era ya insoportable, y apenas podía respirar, con boca y nariz llenos de sangre.

—Sucios bastardos, hijos de perra... —mascullé, rabioso, mirándoles a través de la roja niebla que se extendía ante mis retinas.

Eso me costó caro. Varios pies se levantaron contra mí, pateándome sin piedad. Muy lejana, entre jirones de esponjosa torpeza auricular, me llegó la dura voz del actor en otros tiempos famoso:

—Se lo advertí, Vincent. No me gusta que vengan a mi propia casa a desafiarme. Espero que esto le sirva de escarmiento... si sale vivo de ello.

Era una especie de maldito sádico que gozaba viendo la sangre y el dolor ajenos, estaba seguro de ello. Sentí una rabia indescriptible dentro de mí, una cólera llena de impotencia, y lamenté no llevar encima un arma de fuego para ajustar las cuentas a aquella cuadrilla de sucios verdugos. Recibí una lluvia de golpes lacerantes y empecé a sentir deseos de dormir o morir, de cualquier cosa que no fuera sufrir la paliza brutal a manos de aquellos cerdos sin conciencia pagados y controlados por un morboso tipo lleno de resentimiento y de odio hacia los demás.

No sé cómo lo hice, pero alargué un brazo, desesperadamente, y aferré algo sólido. Tiré de ello. Sólo sabía que era flaco y huesudo, y una tela burda lo envolvía. Tardé en comprender que era un tobillo humano. Mi esfuerzo fue tan feroz que derribé a uno de mis torturadores. Le sentí caer sobre mí, golpearse en la cabeza contra el suelo de baldosas, jurando soezmente al sentir el dolor.

Se quedó aturdido unos segundos. Los suficientes para hacer lo que mi torpe iniciativa actual, bajo aquel diluvio de patadones, había vislumbrado como única posibilidad defensiva contra los energúmenos a sueldo de Howard Ryan.

Metí la mano en un bolsillo de una chaqueta grande y oscura,

flácidamente colgada de la percha de huesos que eran los hombros del individuo caído junto a mí. Acaricié algo duro, frío, rígido y reconfortante, sin embargo, para mis dedos agarrotados por el dolor físico de todo mi cuerpo.

Era un arma de fuego. Una pistola automática. No podía asegurarlo, pero por el tacto intuí que podía ser un Colt automático calibre 45. Un arma sólida, precisa, segura y con un buen cargador.

No dudé lo más mínimo. Alcé el arma en mi mano y apreté el gatillo, tras quitarle el seguro. El estampido de la detonación casi me ensordeció. Tenía los oídos tan doloridos por el castigo, que fue como reventar mis tímpanos, pero advertí borrosamente que conseguía algo. Los esbirros de Ryan retrocedieron, asustados, y dejé de recibir golpes. La voz de Ryan me llegó áspera y preocupada:

—¿Se ha vuelto loco, Vincent? ¿Qué pretende? ¿Matarnos a tiros, estúpido?

—Vaya si lo haré —jadeé, escupiendo sangre e intentando ponerme en pie, a pesar de que mi cuerpo era como una especie de bolsa de serrín descosida—. Les juro a todos, hijos, de mala zorra, que les coseré a balazos si no se pegan a esa pared y levantan los brazos sobre sus cabezas sin intentar ningún truco.

Vacilaron. Tambaleante, logré ponerme en pie, apoyado en un muro, mientras la sangre goteaba de mis fosas nasales y se deslizaba por la comisura de mi labio. Ante sus indecisiones, volví a disparar, pero eligiendo un blanco humano.

La segunda detonación resultó tan estruendosa como la primera y, además de herir en el hombro derecho a un esbirro de Ryan, que gritó agudamente, como si le mataran, oí restallar los vidrios de una vitrina repleta de viejas fotografías del actor. Howard Ryan gimíó entre dientes, asustado.

—No, no, por Dios —protestó—. No siga disparando. Obedecedle, muchachos. No hay duda de que este cerdo se ha vuelto loco... Dejadle ir en paz. ¿No va a devolvernos esa arma?

—Claro que no —reí sordamente—. Es mi trofeo de guerra. Creo que me lo he ganado, pandilla de ratas.

—Dios mío, cuánto ruido —se quejó Ryan—. Daisy se habrá despertado, estará muy asustada...

—Al diablo con eso, puerco —mascullé—. Les dejo aquí a todos,

en este museo lleno de polvo y de fantasmas. Esto huele a moho y a vejez, Ryan. Siga su vida rodeado de sus viejos recuerdos. No le queda más que eso. Pero si fue usted quien mató a Priscilla Kelly, juro que lo probaré. La ley ya no puede hacerle nada después de tantos años. El delito ha prescrito, pero lograré que todos sepan que Howard Ryan fue un asesino y no un famoso actor solamente. Lo probaré, bastardo, si usted estuvo con su maldito coche plateado en el escenario del crimen.

Caminé, vacilante, hacia la salida. Los cinco esbirros de Ryan estaban ya apoyados en el muro, brazos en alto. El sexto, herido en el hombro, gemía penosamente, encogido en un rincón. Ryan, con el rostro blanco como un *clown* enharinado, me miraba asustado, temiendo que yo hiciese alguna otra barbaridad.

Reí, cerca ya de la salida, señalando una bonita lámpara antigua, posiblemente otra vieja reliquia de los días en que Howard Ryan era una luminaria de las grandes productoras como la Metro, la Fox, la Paramount o la International de Graham. Disparé de nuevo, casi con sadismo. Oí sollozar a Ryan. Vidrios de colores se desprendieron de la lámpara, mientras las bombillas reventaban, destrozadas por el proyectil.

—¡No, no! —gimió el actor—. Eso no, por el amor de Dios... Mis cosas, mi vieja lámpara, regalo de Norma Shearer...

Le saqué la lengua entre mis labios hinchados, solté una carcajada agria y me largué de aquel panteón repleto de gente viva pero execrable. Cuando pegué un portazo a la alta puerta de hierro forjado, y me sentí en la acera, lejos del angustioso clima de la vetusta mansión, respiré aliviado. Era como volver a la vida, después de haber visitado una cripta funeraria.

Lo malo es que sentía mi cuerpo hecho pedazos y me dolía todo. Una rabia interna me dominaba. Hubiera querido devolver a Ryan y a sus «gorilas» golpe por golpe, pero no podía correr riesgos. Si hubieran logrado desarmarme, es posible que nunca hubiera salido con vida de aquella maldita casa.

Me encaminé trabajosamente hacia mi coche. Regresé a Wilshire sin prisas, enjugando la sangre de mi boca y nariz lo mejor posible, y notando en mi bolsillo interior la presencia sólida y pesada de aquella pistola robada a un esbirro de Ryan. En lo sucesivo, ningún hijo de perra iba a cogerme desarmado, pensé mientras soltaba una

sarta de maldiciones entre mis lacerados dientes.

Era tarde ya. Pronto oscurecería, pero quería visitar al último testigo de excepción de aquellos viejos días del dorado Hollywood de los grandes mitos. Esa última persona era Laraine Scott, una inolvidable actriz del cine «negro», la mejor amiga de Priscilla Kelly.

* * *

Todavía era hermosa y sofisticada. Laraine Scott, un auténtico mito viviente, como podían serlo Lauren Bacall, Lana Turner o Rita Hayworth, por no mencionar las que ya no existían y pasaron al mundo de las sombras inolvidables, como Betty Grable, Linda Darnell o Judy Garland.

Sólo que Laraine Scott, viejo rostro bellísimo del celuloide de los años cuarenta tenía ahora más de cincuenta y cinco o cincuenta seis años, tirando bajo. Conservaba cierta tersura facial, acaso con ayuda de la cirugía plástica y los productos de la alta cosmética, la belleza de sus ojos ambarinos y su cabello oscuro y ondulado. Había engordado quizás en exceso, al menos comparándola con su tipo anguloso de otros tiempos, capaz de competir ventajosamente con mujeres como Alexis Smith o Rhonda Fleming. Vestía con elegancia y conservaba su dulce sonrisa, con la que a veces había sido heroína romántica de algún «duro» tipo Bogart o Garfield, o la «mala» de la película, conduciendo fatalmente al héroe a un final propio del *hard boiled style*.

Ella, al menos, no vivía cautiva del pasado, me pareció observar. Sólo dos grandes fotografías en su casa, enmarcadas. Una de ellas databa de sus tiempos gloriosos, y llevaba su firma autógrafa y el sello de la productora. La otra era moderna, en color y marcaba el contraste implacable del tiempo sobre un mismo rostro. Ni un vago recuerdo del pasado. Ni una vieja foto, ni una dedicatoria de antiguos compañeros ante las cámaras.

—¿Sorprendido por algo? —sonrió divertida, al verme mirar a todas partes cuando me hubo introducido en el amplio *living* de su casa de Culver City.

—Sí —sonreí a mi vez—. Vengo de visitar a Howard Ryan. ¿Comprende ahora?

—Claro —se echó a reír, señalándome luego las huellas del rostro, aquellos hematomas, hinchazones y arañazos, así como los tapones de algodón en mis fosas nasales—. ¿Recuerdo de sus esbirros?

—Sí, eso es. ¿Acostumbra tratar así a la gente?

—Ryan siempre se creyó un Dios de Hollywood. No tolera que nadie se enfrente a él. Tiene buenas influencias y amistades que le toleran demasiadas cosas. ¿Sabe que, además de vivir en un mausoleo de recuerdos rancios, es accionista de varias grandes empresas y tiene amigos en la política y en la policía de esta ciudad?

—No me sorprende. Espero que haya aprendido la lección.

—¿Él o usted?

—Él. Le quité el arma a uno de sus esbirros. Herí a otro y le rompí una bonita lámpara, regalo de Norma Shearer.

—Eso no se lo perdonará nunca —me avisó Laraine Scott, con un destello humorístico en sus ojos—. Tenga cuidado con Howard Ryan. Es peligroso como un reptil. Lo fue siempre.

—Todo empezó por preguntarle yo si había asesinado a Priscilla Kelly —expliqué, clavando mis ojos en la famosa ex actriz.

La vi palidecer de golpe como si la hubiera pegado en el hígado. Su modo de mirarme reveló estupor.

—Cielos... —jadeó—. ¿De dónde sacó esa barbaridad?

—¿No cree que Ryan matara a su antigua amiga?

—Priscilla murió en un desgraciado accidente —suspiró ella, eludiendo mirarme—. Eso fue todo, señor Vincent.

—Eso fue todo lo que se aceptó de modo oficial. A un hombre como Walter Graham padre, tampoco le interesaba otra cosa, después de todo.

—¿De dónde sacó que pudieron haberla matado?

—¿Es que usted no lo pensó jamás?

Pareció darse por vencida. Respiró hondo, moviendo la cabeza. La vi caminar lentamente hacia un piano, sobre cuyas teclas apoyó sus dedos, todavía delicados y marfileños. Sonaron unas leves notas musicales, quizá por puro azar.

—Sí —admitió con desgana—. Lo pensé muchas veces. Pero también lo rechacé.

—¿Por qué?

—Porque quería rechazarlo —me confesó—. No podía ser cierto que alguien deseara matar a Priscilla. Tan joven, tan hermosa, tan llena de vida...

—Howard Ryan la odiaba.

—Howard Ryan odiaba a mucha gente. Eso no significa nada.

—¿Por qué cree que sentía tanta animosidad contra ella?

—No sé. No puedo saberlo. Ryan fue siempre un hombre solitario, introvertido, extraño y frío. De todos modos, no creo que él la matara, Vincent.

—Estoy seguro de que fue un asesinato. ¿No es cierto que los últimos días de su vida, su amiga Priscilla bebía en exceso?

—Sí, eso es cierto. Pero nunca se emborrachó. Y menos para caer desde la terraza y matarse. No puedo aceptarlo. También es falso que tomara barbitúricos. Yo dormí con ella a veces en su casa. Nunca ingería pastillas, ni siquiera para un dolor de cabeza.

—Aun así, aceptó usted que todo fue un accidente, incluido el alcohol y las drogas encontradas en la autopsia —la acosé, sin dejar de mirarla.

—Tal vez no quise pensar en todo ello. Por otro lado, los últimos días estuvo muy rara, si he de serle sincera. No parecía ella. Es como si algo la preocupara. Incluso se peleó tres veces conmigo, dos en los Estudios y una en el *Club Tuxedo*, la noche última de su vida, precisamente.

—Si admitiéramos que ella fue asesinada..., ¿a quién acusaría usted como culpable?

Me contempló casi asustada. Negó con la cabeza, vivamente.

—Eso sería demasiado arriesgado —rechazó—. No puedo acusar a nadie. No sería justo.

—Imaginemos que sólo fuese un juego. Nadie va a saber lo que me diga aquí ahora.

—Pero *no* es un juego —me replicó con cierta acritud—. No me gusta esa adivinanza.

—Yo diría que es más que una adivinanza. Un *puzle*, si acaso. Pero lleva demasiados años con las piezas dispersas. Muchas se perdieron. Otras se deformaron o borraron. No es fácil recomponer así un *puzle*. Por eso busco ayuda.

—Temo no poder dársela.

—Yo diría que no quiere dármela —acusé fríamente—.

Personalmente, pienso que varias personas pudieron matar a Priscilla Kelly. Los Graham, padre o hijo; Howard Ryan, el manager Sidney Greaves...

—¿Greaves? ¿Por qué él? —se extrañó Laraine Scott, mirándome asombrada.

—Creí notar que estaba enamorada de ella, sin esperanzas. Priscilla ni se enteró de esos sentimientos de su manager y amigo hacia ella.

—¿Algún otro sospechoso?

—Sí —sonreí—. Usted.

Se puso rígida. Me contempló. Esperaba una réplica airada, furiosa incluso. No hubo tal. Incluyó la cabeza. Guardó silencio unos momentos. Luego admitió lentamente:

—Sí. Pude haberla matado —su asombrosa confesión me aturdió—. Pero no lo hice.

—¿Por qué pudo haberla matado? Era su mejor amiga...

—Exacto. Mi mejor amiga —los ojos color ámbar se clavaron en mí—. Pero usted no ha entendido algo, en toda esta penosa y vieja historia, Vincent.

—¿Qué cosa, exactamente?

—Que mi querida amiga Priscilla Kelly... *era lesbiana*. Y yo también.

CAPÍTULO VI

Hay ocasiones en que uno tiene que beber más de la cuenta. Ésta era una de ellas.

Pero cuando hube tomado mi enésimo *whisky*, pensé que eso era suficiente. Como tenía dinero, pensé en pagarle a una furcia de buen ver. Había varias en el pequeño, angosto y oscuro tugurio donde me había metido para pensar o, tal vez, para no pensar.

Elegí a una joven pelirroja, de grandes senos y ampulosas caderas. Resultó que yo le había gustado al verme entrar y no me quiso coger el dinero. No disfruté demasiado con ella, pese a sus esfuerzos por hacerme feliz en la cama, pero al menos dejé de pensar durante un par de horas. Antes de irme, sin que ella se diera cuenta, dejé un rollo de billetes de veinte dólares en su bolso. La chica se los había merecido.

Después bebí otros cuantos *bourbons* en diversos sitios de la ciudad, antes de irme a casa. No había cenado ni sentía apetito. Hay cosas en mi maldito trabajo que quitan las ganas de todo. Saber que una muñeca bonita y deseada como Priscilla Kelly podía ser lesbiana, era una de ellas. Los hombres soñaban con su cara y con su cuerpo. Ella, mientras tanto, se entregaba al placer con una amiga como Laraine Scott u otra semejante. No soy un mojigato ni un moralista. Pero tengo derecho a sentirme mal ante ciertas cosas, qué diablos.

Finalmente, llegué a casa. Por fortuna, llegué demasiado ebrio y sin ganas de sentirme libidinoso con nadie. Eso fue una fortuna sin duda, dado lo que me esperaba allí.

Apenas hube abierto la puerta de mi apartamento; entré en él, alguien impidió que cerrase la puerta, pegándome un susto de muerte. Imaginando que era uno de los esbirros de Howard Ryan,

me revolví airado, intentando pelear. Me abstuve, al tropezar mis manos con un par de duros y jóvenes pechos femeninos. Estupefacto, me quedé mirando a la persona intrusa, mientras ésta cerraba la puerta, con burlona sonrisa, mirándome fijamente.

—Hola, guapo —me saludó con desparpajo increíble.

—Tú... —mascullé, sin entender una palabra de todo aquello—.

Judy, ¿no?

—Eso es —rió complacida—. Judy Talbot, nieta de Lucille Pearson. ¿Me recuerdas?

—¿Cómo no voy a recordarte? —refunfuñé—. ¿Qué diablos haces tú aquí a estas horas? ¿Cómo diablos sabías dónde encontrarme?

—La abuela tenía una tarjeta tuya de visita —sonrió—. Nada difícil, ¿no?

—No, desde luego. ¿A qué has venido? Eres muy joven para andar por ahí de madrugada, y más aún para meterte en casa de un hombre.

—Tengo dieciocho años. Soy mayor de edad —me replicó airadamente. Luego me tomó por los brazos, mirándome tiernamente—. ¿No vas a besarme?

—No, claro que no. No me gusta ser corruptor de menores —rechacé.

Ella se encogió de hombros, soltándome los brazos. Antes de que pudiera evitarlo, se había bajado la cremallera de su jersey color azul. Me quedé sin aliento. Sus pechos asomaban frente a mí, apuntándome con sus rosadas puntas erguidas.

—¿Qué demonios haces? —rugí—. ¡Cierra esa prenda, pronto!

—¿Qué te pasa? ¿No te gustan las mujeres?

—Las mujeres, sí. Las niñas, no.

—No soy ninguna niña —me aseguró con enfado—. Pruébalo, Johnny. ¿No te llamas así?

—Escucha, Judy, esto es un puro disparate. ¿Qué sucedería si te encontraran así en mi casa? No sabes lo que estás haciendo. Yo no soy un tipo para ti. Te llevo más de diez años y estoy harto de conocer fulanas de condición muy diferente.

—Mejor aún. Cambia de gustos. Te puedo demostrar que soy mejor que todas ellas —me desafió cimbreado sus enhiestos senos desnudos con descaro.

Por mucho que yo la calificara de niña, no era ya tal, y debía admitirlo. Tenía formas de mujer. Y hechos de mujer ardiente. Sólo la llevaba en realidad ocho años y unos pocos meses. No era tanto. Pero seguía sin querer comprometerme. El alcohol me aturdí ligeramente. La sangre hervía en mis venas ante aquella chiquilla deseable y procaz. Por suerte, había estado con una mujer poco antes. Eso impedía que mis instintos me dominaran en exceso.

—Voy a llamar a tu abuela para que ella avise a tus padres —avisé—. Este juego se ha terminado.

Fui al teléfono resueltamente. Ella soltó una suave carcajada y, para confusión mía, tiró en un sofá su suéter, quedando desnuda de cintura para arriba. Se acurrucó en el sofá, encogió las piernas, y comenzó a bajar lentamente la cremallera de su ceñido pantalón. Asustado, solté el teléfono y corrí hacia ella muy a tiempo.

—¡No! —rugí—. ¡Quieta de una maldita vez, criatura mal educada!

Y ya sin contemplaciones, la solté un sonoro bofetón que cruzó su rostro de adolescente, sacudió su dorada melena y enrojeció las mejillas. Me miró con estupor, en tanto sus ojos se cuajaban en llanto. Súbitamente, había dejado de ser la mujer ardorosa y sensual de momentos antes, para convertirse en lo que en realidad era: una chiquilla precoz y procaz, a la que se le habían consentido demasiadas cosas.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta. Al oír zumbar el llamador eléctrico, sentí un escalofrío. Miré la puerta, ceñudo. Aferré por un brazo a Judy y le agité su suéter ante los ojos.

—Ponte esto o te cuelgo de los cabellos en un clavo de la pared —amenacé hosco—. No quiero ir a prisión por culpa de una niña malcriada, ¿está claro?

Asintió, sollozando, y se puso el suéter mientras insistían en la llamada. Fui a abrir. Como me temía, era una especie de tifón sobre mi vida. Lucille Pearson, la anciana ex chismosa del *Golden Screen* estaba ante mi puerta con un gesto adusto, apoyada en un bastón negro de empuñadura de plata. No venía sola. A su lado una mujer madura, hermosa y de rostro pálido y suave, casi nacarado, de grandes y profundos ojos de un verde pardusco, nariz fina y recta y labios carnosos, perfectamente dibujados. Vestía elegantemente, y tenía el cabello de un suave tono rubio ceniza, con flequillo y media

melenas. El parecido entre ella y la Pearson era notable en el fondo.

—Buenas noches, señor Vincent —saludó secamente la Pearson—. ¿Está aquí Judy?

Asentí con la cabeza. Me hice a un lado, invitándolas a pasar. Lo hicieron. Judy lloraba amargamente en el sofá. Las dos mujeres se quedaron plantadas ante ella, mirándola con reproche. La jovencita estalló en sollozos súbitamente, y se lanzó a los brazos de la más joven de mis dos visitantes nocturnas.

—¡Oh, mamá, mamá! —gimió—. Perdóname, te lo ruego... Nunca más lo haré. Nunca...

—Judy, hija, ¿cómo puedes cometer estos errores? —La reprochó la dama del pelo ceniza, tiernamente, aunque con un tono de censura en su voz—. Por fortuna, tu abuela imaginó dónde estarías, apenas noté tu falta en casa y la llamé... Fui a recogerla y vinimos hacia acá, a casa del señor Vincent... que espera haya sido un caballero contigo.

—Mamá, él me ha tratado como merezco —musitó ella—. Me ha pegado...

Ambas me miraron. Respiré aliviado. Lucille Pearson sonreía suavemente. Su hija suavizó su expresión también, estudiándome curiosamente.

—Sabía que usted era un caballero, muchacho —suspiró la ex periodista dulcemente—. Tranquilicé a mi hija al respecto. Por cierto, Vincent, ella es Mitzy Talbot, mi hija, esposa de Lewis Talbot... Mitzy, éste es Johnny Vincent, naturalmente, el detective privado de quien te hablé... Ya te dije que no había nada que temer por su parte.

—De todos modos, procuren que no lo vuelva a intentar —dije, mientras me inclinaba cortés ante la madre de Judy—. Es una chica encantadora y muy bonita. Estoy seguro de que puede volver loco a cualquier muchacho. Pero es peligroso intentar estos juegos con hombres de más edad. Yo mismo pude haber fallado, de no ser porque me siento demasiado lleno de alcohol para sentirme apasionado por una chica bonita...

—Aun sin alcohol, sé que la hubiera respetado... a menos que sintiera algo por ella —dijo la señora Pearson afablemente—. No suelo equivocarme con la gente, hijo mío.

—Me alegra que el incidente fuese con usted y no con otro —

sonrió lenta, cálidamente, Mitzy Talbot—. Veo que es un hombre honesto. Y tan guapo como dijo mi hija, eso sí. Le aseguro que yo no pretendo seducirle, esté tranquilo.

—Vaya, ya es un alivio —reí de buen humor—. Esta noche no creo que estuviese a la altura de mi prestigio varonil.

Todos reímos, roto el hielo inicial y alejada toda tensión. Incluso Judy estaba dejando de llorar, en brazos de su madre y acariciada en los áureos cabellos por su cariñosa abuela. Me miró tras sus lágrimas, musitando con voz tímida:

—Lo..., lo siento, Johnny. Espero que, al menos, seamos amigos...

—Claro que lo seremos —le prometí con dulzura—. Lo somos ya por mi parte, Judy. De todos modos, te confesaré algo. Si hubiera menos años entre tú y yo, esto hubiera podido ser distinto. De modo que no vuelvas a correr riesgos con nadie. Hay mucho desaprensivo suelto por ahí, muchacha.

Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla. Creo que quise ser paternal, pero logré hacerla llorar de nuevo. Su madre me sonrió.

—Gracias por todo, Vincent —dijo—. Y perdone la penosa situación vivida.

—No se preocupe —suspiré—. Las he pasado peores, señora Talbot. ¿Las llevo a alguna parte? Todavía no he llegado a la situación límite que me impide conducir.

—No, gracias —rechazó Lucille Pearson, presionándome el brazo afectuosa—. Tenemos el coche abajo, Vincent. Hasta otra vez. ¿Cómo van las cosas en la investigación de la muerte de Priscilla?

—No muy bien —murmuré, meneando la cabeza de un lado a otro—. Pero tampoco mal del todo. Al menos, ya tengo varios sospechosos de asesinato. Ya es algo, ¿no?

—Tal vez demasiado —aseguró la ex chismosa de Hollywood, camino de la salida con su hija y nieta—. Suerte, Vincent. Me gustará que la persona que mató a Priscilla pague su culpa, amigo mío.

Salieron de mi apartamento. Cerré, con un suspiro de alivio, seguro de haber salido con bien de una situación peligrosa.

Me acosté de inmediato. Y no me desperté hasta que los clarines de un nuevo desastre vinieron a sacarme de mi inquieto sueño de

pesadillas.

* * *

Fue nuevamente el zumbido del llamador el que me arrancó de mi sopor poblado de viejos fantasmas de celuloide rancio, rostros de famosos astros del cine y brutales pistoleros a sueldo de un viejo y maniático actor, ya olvidado por las generaciones actuales, y reducido a evocaciones de filmoteca o ciclos de televisión.

Primero me pregunté si ese timbrado formaba parte de mis sueños, pero al repetirse obstinadamente dos veces más, comprobé que aquello era ya del terreno de la realidad.

Me incorporé gruñendo algo, y notando infinitamente más dolor en hinchazón en mi boca, nariz, pómulos y costillas que la noche antes. Casi me arrastré penosamente hasta la puerta, abriéndola y mirando confusamente a mi visita de aquel día, mientras envolvía con dificultades mi desnudez en la bata.

—¡Dios mío, cómo le han puesto la cara! —Fue lo primero que dijo la estupenda rubia que tenía ante mí, con un bolso de piel de lagarto y un periódico plegado entre sus manos—. ¿Hubo algún terremoto anoche, Johnny?

—No tiene ninguna gracia, señora Graham —rezongué, dejando de contemplar la esbelta y llamativa figura de mi cliente, cuyas piernas lucían bellísimas con aquellos zapatos de terciopelo carmesí y sus finas medias de nylon. Bajo su blusa color fucsia, se movían endiabladamente tensos y arrogantes sus hermosos pechos—. Esto me ocurre por aceptar viejos asuntos criminales.

Ella entró en mi apartamento sin comentar nada y sin esperar a que la invitase. Al rozarme, me envolvió en un suave y penetrante aroma de flores que le era peculiar. Sus ojos color violeta, haciendo juego con el tono de su blusa camisera, escudriñaron críticamente mi vivienda.

—Los hombres son todos unos descuidados —comentó secamente—. Se nota que no hay una mujer aquí.

—Cuando alguna cruza esa puerta, hermana, no viene precisamente a limpiarme la casa —dije, queriendo mostrarme ofensivo y cínico.

Quedé chasqueado, porque le importó un comino lo que yo

hablaba y se limitó a dejarse caer en el borde de mi revuelta cama, como si no le importaran las sábanas arrugadas ni el olor a cuerpo viril que despedía el lecho. Cruzó sus piernas y casi me dio un mareo al vislumbrar el inicio de sus tersos muslos.

—¿Qué le pasó exactamente anoche? —quiso saber con voz ronca.

Se lo expliqué con detalle, aunque brevemente. Ella arrugó el ceño, estudiándome como al bicho raro que ingresa en la colección de un entomólogo. Al fin, hizo una pregunta:

—¿Denunció usted esos hechos a la policía?

—No. Si acaso, tendría que ser Howard Ryan quien los denunciara, ¿no? Yo estaba en su casa y robé un arma a uno de sus hombres... aunque ellos formaban un grupo de asquerosos bastardos.

—Pues si lo denunciaron, está usted listo —comentó gravemente.

—Al diablo con eso —gruñí, notando pastosa mi boca por el exceso de *bourbon* de la noche anterior. Y como mis resacas las curo habitualmente con una dosis de lo mismo, fui a un mueble y saqué una botella de buen *whisky* de Kentucky. Antes de tomar uno o dos vasos, pregunté por encima del hombro—: ¿Le apetece un trago, señora Graham?

—No, gracias. No bebo nunca antes de almorzar, Y aunque son ya las dos de la tarde, la verdad es que no he almorzado.

—¡Las dos! —me sorprendí, mirando mi reloj. Estaba parado en las siete. Tal vez algún golpetazo de aquellas ratas de Howard Ryan había estropeado su maquinaria—. Si usted no viene a despertarme, duermo hasta las diez. Tengo el cuerpo hecho trizas.

—Lo tendrá peor cuando lea esto —me espetó, tirándome a las manos el periódico que llevaba consigo—. Es la última edición. Acaba de salir. Yo oí la noticia por radio.

Desplegué el diario, procurando despejar mis párpados de pesadez, mientras tomaba un trago. Casi me ahogo con el *whisky*, al ver los titulares de aquel periódico:

FAMOSO ACTOR CINEMATOGRAFICO ASESINADO. HOWARD RYAN MUERE EN SU LUJOSA MANSION, PRESENCIANDO LA PROYECCION DE UNA DE SUS MÁS GRANDES PELICULAS: EL

SUEÑO INMORTAL

—¡No puede ser! —bramé, estrujando el diario—. ¡Yo le dejé bien lleno de vida al maldito puerco!

—Pues ahora está muerto. Le metieron un balazo en la cabeza por la nuca. Así lo encontraron, sentado frente a la pantalla donde una máquina de proyección pasaba automáticamente las bobinas de ese viejo filme. Y no había nadie con él.

—Cuando yo le vi, presenciaba una proyección también. Pero con seis esbirros a su lado, y creo que todos con un arma de fuego bajo la chaqueta. Ésta era una de ellas. Se la quité a un tipo que me sacudía estando yo en el suelo.

Le mostré el arma, que ella contempló con aprensión. Sus ojos color lila me miraron entre pensativos y alarmados.

—Su secretario, un tal Morgan Cox, denunció el hecho. Asegura, según la radio y los periódicos, que su jefe estaba solo en la sala de proyección.

—Ese Cox debe ser uno de los que me sacudieron —comenté ceñudo.

—Posiblemente, porque ahí dice que el tal Cox ha informado también a la policía de «ciertos hechos ocurridos anoche en la casa, que pueden proporcionar un sospechoso». Son palabras escritas ahí. Johnny. Podrían referirse a usted.

Las leí, malhumorado. Aquél sí era un mal despertar para un mal sueño.

—Sí, se refieren a mí, no hay duda —rezongué—. En cuyo caso, la policía no tardará en llegar.

Sonó el timbre de la puerta. Nos miramos el uno al otro. Belinda Graham suspiró, sacando un cigarrillo y encendiéndolo. Luego alisó su falda sobre las rodillas. Sonó por segunda vez el timbre.

—Ahí están, sin duda —comentó—. Creo que va a estar en dificultades.

—Yo también lo creo —asentí—. Supongo que no querrá que sepan que usted es mi cliente...

—¿Por qué no? Ellos no buscan ahora al asesino de Priscilla Kelly, sino al de Howard Ryan. ¿No piensa abrir?

—Claro —fui hacia la puerta, mientras el timbre insistía, impaciente—. ¿Cree que eso no le creará alguna dificultad a usted,

señora Graham?

—Más escandaloso sería que me creyeran su amante —sonrió ella, irónica.

Era su modo de ver las cosas. Hecho un lío, abrí la puerta. Un hombretón pesado, grande y mal educado, irrumpió en mi apartamento como un tornado. Le seguían dos tipos que parecían policías sacados de una mala película de *gánsteres*. Me mostró una credencial el grandullón, puso gesto adusto en su ancha cara de boxeador y se presentó:

—Teniente de detectives Dustin Clarke, de Homicidios. ¿Es usted John D. Vincent, investigador privado?

—Sí, lo soy.

—Bien —me miró ceñudo. Luego descubrió a Belinda. La señaló con su dedo pulgar, sin demasiada cortesía—. ¿Quién es ella?

—Una cliente.

—¿Recibe a sus clientes en la cama? —quiso saber el teniente con su peculiar tacto.

—Cuando me sorprenden acostado, no tengo otro remedio. Es la señora de Walter Graham, el presidente de la International Pictures.

—Oh, entiendo —se quitó el sombrero rápidamente e hizo un gesto cortés, como mirando las cosas de otra manera—. Disculpe, señora. No podía esperar a alguien importante en casa de este tipo.

No me gustó que me llamara «tipo». Pero había demasiadas cosas que no me gustaban, de modo que me callé, mientras Belinda Graham sonreía, echándome un cable:

—El señor Vincent trabaja para mí —dijo—. Anoche sufrió una brutal agresión.

—Lo sé, señora —afirmó el policía—. Por eso estoy aquí. Será muy lamentable que su empleado haya querido tomarse la justicia por su mano, asesinando a un hombre. Veo que ya saben por ese periódico lo sucedido en casa de Howard Ryan...

—Lo sabemos, sí —afirmé secamente—. Pero yo no tengo nada que ver en ese crimen.

—Eso ya lo veremos, Vincent —me replicó, mascando las palabras—. ¿Puede probar dónde estaba entre la una y las dos y media de la madrugada?

—No —gruñí—. A esa hora ya me había acostado hecho una piltrafa, teniente. Tuve unas visitas en mi apartamento a eso de las

doce y media. Ya se habían ido cuando dio la una. Creo que me dormí inmediatamente, lo recuerdo muy bien.

—Tendrá que darme el nombre de esas visitas, pero de todos modos no servirá de mucho para su coartada. La muerte de Ryan tuvo lugar, según el forense, entre una y dos y media de la mañana.

—Extraña hora para estar viendo una película que uno ha visto ya mil veces.

—Ryan era un maniaco de sus propias películas. Las veía sin cansarse jamás. Toda su filmografía la tenía archivada en su casa. Cuando le hallaron sin vida, posiblemente llevaba allí algún tiempo. La máquina embobinaba de nuevo, reanudando la proyección desde el principio, al terminar la película. Además, usted debe de saber todo eso. Cox, su secretario, me ha dicho que usted estuvo anoche allí, armando camorra.

—Es mentira. Estuve a hacer unas preguntas a Ryan. Sus esbirros me machacaron, vea mi rostro.

—Usted robó un arma a uno de sus guardaespaldas y disparó varios tiros, destrozando una valiosa lámpara incluso —acusó duramente el teniente Clarke clavando en mí sus nada amistosos ojos grises.

—Tuve que hacerlo o me hubieran matado.

—Entonces esperó su ocasión, regresó a la casa cuando Ryan estaba solo, y le mató.

—No diga tonterías. ¿Cómo iba a entrar yo en la casa, ni saber si estaba solo?

—Deme su arma, la que quitó a uno de los esbirros de Ryan.

Se la di. La examinó, oliendo el cañón.

—Está metido en un buen lío, Vincent —dijo.

—Ese arma no mató a Ryan —repliqué con acritud—. En balística lo comprobará, teniente.

—Pienso hacerlo —dijo, guardándola tras envolverla en un pañuelo amplio—. Ahora será mejor que se vista y nos acompañe.

—Si me acusa formalmente de homicidio, tiene que leerme antes mis derechos, teniente.

—No diga estupideces. Si le acusara de homicidio, estaría ya esposado y camino de la jefatura de policía. De momento sólo es el principal sospechoso. Tiene que hacer una declaración y firmarla. Luego podrá volver a casa, aunque no salir de la ciudad sin mi

permiso. Si compruebo que usted mató a Ryan, no habrá nada ni nadie que le saque del pozo en que voy a meterle, esté seguro de ello.

—¿Yo también tengo que ir con ustedes? —preguntó Belinda Graham.

—No, señora. Pero si se relaciona en algo con la muerte de Howard Ryan, tendrá también que declarar, lo siento.

—Me temo que tengo cierta relación —sonrió mi rubia cliente—. Él trabajaba para mí cuando visitó a Ryan y recibió la paliza.

—Ya —nos estudió, pensativo—. ¿En qué clase de asunto andaban ustedes metidos?

—En la muerte de una actriz, ocurrida hace muchos años. Un caso archivado ya, y fuera de la jurisdicción policial, a menos que un juez dictase una revisión formal del mismo.

—Entiendo. De todos modos, señora Graham, es posible que necesite su ayuda en otra ocasión. ¿No le importará que le avise si es así, para facilitarme algunos datos?

—Hágalo con toda confianza, teniente —suspiró ella, poniéndose en pie para que el teniente no estuviera embobado por más tiempo contemplando sus piernas—. Por el momento, le agradecería se portase lo mejor posible con el señor Vincent. No creo que tenga nada que ver con ese crimen.

—Procuraré complacerla, señora —se mostró solícito el teniente—. Si no se relaciona con esa muerte, el señor Vincent no tiene nada que temer de nosotros.

Me vestí mientras ella abandonaba mi apartamento despedida por las amables reverencias de los policías. La hubiera besado, de no ser mi cliente y una mujer casada. Belinda se portaba bien conmigo, después de todo. Su marido tenía la suficiente influencia en Los Ángeles como para conseguir que la policía me tratase con cierta suavidad incluso en aquellas circunstancias.

Bajé a la calle con mis desagradables visitantes de Homicidios. Por el camino recordé algo y se lo hice notar al teniente Clarke:

—¿Cómo es posible que Ryan estuviera solo en su casa, si me habló de que tenía enferma en el piso alto a su amiga o amante, una tal Daisy?

El policía me miró, cambió una ojeada con sus compañeros y todos soltaron una risotada a coro. Me sentí ofendido y les

contemplé irritado.

—No le veo la gracia —dije secamente.

—Pues la tiene, Vincent, vaya si la tiene —siguió riendo—. La tal Daisy a quien usted se refiere no estaba en casa cuando le mataron. Creo que tuvieron una discusión y se ausentó, pese a tener algo de fiebre y enfriamiento.

—Ya. Pero sigo sin ver el chiste por ningún lado, teniente.

—Lo verá cuando le diga que «Daisy» no es una mujer..., sino un hombre. ¿No sabía que Howard Ryan era homosexual?

CAPÍTULO VII

Abandoné la estación de policía a las tres y media de la tarde, somnoliento todavía, sin afeitarse y con un apetito de mil diablos. Me metí en una cafetería cercana y pedí huevos revueltos con *bacón* y una cerveza.

Mientras devoraba mi frugal almuerzo, pasaba revista a los últimos acontecimientos, tratando de aclarar mis confusas ideas. De momento, seguía siendo un hombre libre en cierto modo, aunque obligado a no abandonar bajo pretexto alguno la ciudad de Los Ángeles. Pero seguía siendo el primero y único sospechoso del caso. Aparentemente, yo era la persona con más motivos en el mundo para liquidar a Howard Ryan de un balazo en la nuca.

Pero mi idea era muy otra, aunque la policía no la compartiera en absoluto: el asesino de Ryan pudo ser el mismo que mató a Priscilla Kelly treinta años atrás.

Era sólo una teoría, y bastante fantástica por cierto. Pero la idea iba enraizándose en mi mente. Lo que ignoraba eran los motivos que pudieran conducir a alguien a matar a Ryan, a menos que éste, tras acusarme yo de haber sido visto saliendo de la residencia de Priscilla en su Rolls color plata, hubiese decidido revelar algo que sólo él sabía... y eso puso en marcha nuevamente a un asesino cuyo viejo crimen parecía ya olvidado para siempre.

Por otro lado, estaba el último descubrimiento de Ryan. Era un homosexual. Por eso nunca tuvo romances amorosos con chicas, por eso permaneció siempre soltero, por eso se rodeaba de hombres fuertes y jóvenes. Por eso vivía con un tal Daisy, su compañero íntimo.

Y por eso, tal vez, odiaba tanto a Priscilla Kelly. Debía odiar a todas las mujeres hermosas.

Dios, qué ciudad, pensé asqueado. No parecía haber nadie sano en ella: Priscilla, Laraine Scott, Ryan...

Pasé por mi apartamento una vez saciado el apetito, para afeitarme y cambiarme de ropa, antes de seguir deambulando por la ciudad en busca de alguna pista. Me esperaba otra sorpresa.

En mi ausencia, habían llevado una carta que encontré en el buzón. No tenía remitente y era para entrega de urgencia. No reconocí la letra desigual y nerviosa que aparecía escrita en el sobre.

Lo abrí. Contenía solamente una cuartilla escrita con la misma letra presurosa e inquieta del exterior. Me dejó atónito su lectura. La firmaba Howard Ryan en persona. Era como un mensaje de ultratumba.

«Señor Vincent:

»Perdone el comportamiento de mi gente. Creo que me puse algo nervioso. Quisiera hablar con usted lo antes posible. Es cierto que estuve en casa de Priscilla aquella noche. Pero ella ya estaba muerta. Vi a su asesino. He guardado silencio todos estos años, pero creo que ha llegado el momento de aclarar las cosas, puesto que ya nadie puede procesar al culpable de aquel crimen.

»Haré una simple llamada telefónica y espero que cuando reciba esta carta, venga a verme sin pérdida de tiempo. Sepa que odiaba a Priscilla por algo más que por ser una hermosa mujer. Ella me chantajeaba vilmente. Sabía mi gran secreto: que soy homosexual y tenía relaciones con mi director favorito. Charles King. Eso nos hubiera arruinado vida y carrera a ambos. Tuve que pagar. Priscilla Kelly era una lesbiana cruel y ambiciosa. Fui esa noche decidido a todo. Pero alguien se me anticipó, no sé por qué horrible e inexplicable motivo.

»Hasta pronto, señor Vincent. De nuevo mil perdones. Su afectísimo:

»Howard Ryan».

De modo que era eso. Yo tenía razón. El asesino de Priscilla mató a Ryan. La dulce y bella muchacha del cine de los años cuarenta no era nada de cuanto parecía: lésbica, desaprensiva, chantajista... No sentí ninguna simpatía por ella. Pero Belinda Graham me pagaba por encontrar a quien la mató, y al parecer estaba más cerca de esa persona que al iniciar mi trabajo.

Pero ahora, Ryan ya no revelaría a nadie lo que sabía. Esa llamada suya había sentenciado su destino. Debió telefonar al asesino para advertirle de sus propósitos de revelar el pasado. No sabía que con eso firmaba su sentencia de muerte. Acaso esperó sólo a alguien. Por eso despidió a su gente.

Y ese alguien le visitó para matarle de un disparo mientras por la pantalla desfilaba la sombra desvaída del otro Howard Ryan, el actor famoso, el rostro conocido, la gran «estrella» de otros tiempos, asistiendo desde el lienzo a su propio funeral.

Podía llevar esta carta a la policía para salvar mi persona de sospechas, pero también podía hacer otra cosa. A fin de cuentas, cobraba por un trabajo que yo debía de hacer, y no la policía. Ya habría tiempo de mostrar luego la carta para despejar toda sombra de duda sobre mi inocencia.

Busqué a Charles King en la guía telefónica. No lo encontré. Una visita a una filmoteca me reveló las razones de ello: Charles King, director cinematográfico, había fallecido de cáncer de pulmón en 1962. Por eso Ryan citaba su nombre en la carta. Ya no había que proteger a nadie. Salí de la filmoteca profundamente decepcionado, aunque con un dato a tener en cuenta: Charles King sólo tuvo dos amigos durante su carrera cinematográfica. Por supuesto, Howard Ryan en primer lugar. En segundo, su manager, Sidney Greaves.

Era como cerrar el círculo. Volvería a Sidney Greaves, el manager de Priscilla. Pero esta vez la pescadilla se mordía la cola. Y yo sabía muchas cosas más que al empezar el asunto.

Greaves no estaba en su oficina. Un empleado me dijo que quizá lo encontrase en los estudios fotográficos de Wilshire Boulevard, un negocio que tenía con un socio amigo suyo, para que las aspirantes a figuras se fotografiasen para los archivos de Greaves, y así proporcionarle un beneficio más. No era mala idea la del avisado manager. Sabía exprimir el jugo a las *starlets* y a los que soñaban con ser galanes de la pantalla. Les fotografiaba, les cobraba esas

fotografías, y luego posiblemente no se acordaba más de ellos, que permanecían durante años esperando la anhelada llamada.

Me pregunté si habría algo realmente limpio y decente en Hollywood y su mundillo del cine, y la única respuesta que se me ocurría era totalmente negativa. Cuando llegué a los Estudios Fotográficos Cinelandia —hasta el nombre era sugestivo para los que soñaban con la gloria del celuloide—, ciertamente Greaves estaba allí. Pero como nadie me anunció y la puerta estaba solamente ajustada sin asegurar, pasé al interior y, deambulando de sala en sala, llegué al estudio donde se hacían las fotografías.

Un poco tarde, me di cuenta de que había ido demasiado lejos. Sidney Greaves, sorprendido en plena tarea, se volvió, lanzando una sorda imprecación malsonante y mirándome con mal contenida ira. A su lado, tres muchachitas de entre quince y diecisiete años de edad, desnudas como Dios las trajo al mundo, posaban para dos cámaras manejadas por unos tipos con aspecto de luchadores profesionales.

—¡Maldito sea! —bramó Greaves—. ¿Qué diablos hace usted aquí, Vincent? ¡Está prohibido entrar en mi negocio!

—Ya veo —sonreí duramente—. Su negocio no consiste sólo en fotografiar a futuras estrellas, ¿no? Esto es pornografía de menores de edad, amiguito. Un sucio e ilícito negocio con fáciles modelos que se creen así iniciadas en el mundo del cine...

Los dos operadores habían soltado sus cámaras para venir hacia mí lentamente. Tenían los puños como mazos. Greaves estaba congestionado y furioso.

—Váyase al diablo. Vincent. Tuvo que meter sus narices en mis asuntos, ¿no? —hablaba mordiendo las palabras—. Éste es un trabajo que me encargan unos estudios, eso es todo. Y no es lo que parece. Hará mejor en olvidar lo que ha visto. Por su bien, amigo.

Las muchachitas, asustadas, se encogían bajo los focos, tapándose como les era posible sus más íntimos rincones anatómicos. Sentí lástima por ellas. La mayor no habría cumplido aún los diecisiete años. Era un negocio tan feo como depravado.

—No me gusta olvidar ciertas cosas, Greaves. Tendrá que explicar esto a la policía. Si ellos hacen la vista gorda, ya no será asunto mío. Esta ciudad está podrida, no me cabe duda.

—Deje de ser el puritano salvador de almas, Vincent —me dijo

una dura y fría voz a mi espalda—. ¿No cree que está metiendo sus narices en demasiados asuntos que no le incumben? Nosotros no tenemos nada que ver con el asesinato de Priscilla Kelly, de modo que será mejor que se largue de aquí de una vez por todas. Si nos denuncia, puede costarle muy caro.

Me volví. Era sorprendente oír hablar así a toda una ex famosa figura del cine como Laraine Scott. La ex amiga de Priscilla era ahora una dura y agresiva mujer de negocios, pero además empuñaba una pequeña y bonita pistola de calibre 22, cachas de nácar y acero niquelado, casi un juguetito. Pero un juguetito capaz de matar a aquella distancia. Llevaba puestas unas gafas de montura metálica, y su rostro tenso revelaba masculinidad y virulencia.

—Vaya, señorita Scott... —comentó con sarcasmo—. No me diga que es usted el «socio» de Greaves en este negocio de los Estudios Cinelandia y las menores de edad en filmaciones eróticas...

—Pues lo soy —afirmó ella fríamente—. Es un asunto que da dinero, y una no puede vivir siempre de lo que ganó en tiempos en que se cobraba mucho menos que ahora por trabajar.

—¿Acostumbra llevar ese juguete con usted? —indagué, señalando su pistola.

—A veces. Puede resultar muy práctica, Vincent.

—Mucho. Anoche, por ejemplo, ¿no? ¿La disparó a la nuca de Howard Ryan quizá?

—¿Se ha vuelto loco? —Me miró con ojos dilatados, dando un paso atrás—. ¡Yo no maté a Ryan! Sólo sé lo que he leído en los diarios. No me va a echar encima ese sambenito, Vincent. Creo recordar que cuando me visitó usted anoche, venía de recibir una soberana paliza de manos de sus matones. Es quien mejores motivos hubiera tenido para liquidarle.

—Pero yo no pude matar a Priscilla Kelly hace treinta años, por la sencilla razón de que aún no había nacido por entonces —reí entre dientes—. Y quien mató a Ryan, fue la misma persona que liquidó a su amiguita, señorita Scott.

—¿Cómo está tan seguro de eso? —bramó Greaves, viniendo hacia mí, mientras con un gesto calmaba la agresividad de sus dos operadores, y las chicas menores de edad comenzaban a cubrir su desnudez con sus ropas.

—Porque el propio Ryan así me lo confesó antes de morir. Él vio al asesino de Priscilla cuando iba a la casa dispuesto tal vez a ser él quien la matara para acabar con un sucio chantaje. Calló durante todos estos años para no revelar a nadie su propia lacra. Pero iba a hablar al fin. Y entonces le silenciaron definitivamente.

—De modo que ya sabe eso... —murmuró Laraine Scott con amargura—. El chantaje de Priscilla a Howard Ryan...

—Lo supe por el propio Ryan. ¿Usted formaba parte de ese juego?

—Cielos, no. Era un juego peligroso. Advertí a Priscilla. No debía extorsionar a nadie o acabaría metida en líos. Se rió de mis temores. Dijo que su víctima había pagado ya dos veces y seguiría pagando muchas más. Lo que no me reveló nunca es el secreto de Ryan que ella conocía.

—Lo podrá conocer pronto por la prensa escandalosa —dije—. Los reporteros chupatintas nunca renuncian a historias así.

—Me tiene sin cuidado esa vieja historia —cortó Greaves acremente—. Escuche, Vincent. Usted es sólo un detective privado, no un miembro de la Junta de Moral y Buenas Costumbres. ¿Cuánto quiere por callar lo que ha visto hoy aquí?

—No intente sobornarme —repliqué agriamente—. No hay dinero que silencie ciertas cosas, maldito sea.

—No tienes tacto, Sidney —le reprochó su socio suavemente—. Déjame el asunto a mí. Vincent, yo no le ofreceré dinero. Pero a cambio de su silencio en este asunto, podría ofrecerle algo mejor. Digamos que sería un pacto beneficioso para ambos.

—No quiero ser cómplice ni encubridor de un tráfico inmoral de pornografía aprovechándome de las ambiciones de unas muchachas demasiado confiadas.

—No le pido nada de eso. Sólo que olvide lo que ha visto aquí hoy. A cambio de ello, puedo darle una pista respecto a la muerte de Priscilla Kelly. Creo que es un acuerdo sensato.

—No —rechacé, seco.

Los dos matones de Greaves me miraban con malos ojos. Sus nudillos blanqueaban, deseando sacudirme a conciencia.

Y yo, maldita sea, no llevaba mi arma ahora. La tenía el teniente Clarke en la estación policial.

—Mire, no sea necio, Vincent —se irritó ella—. Existen al menos

veinte negocios como éste en Los Ángeles. E incluso un local, el *Rock Club*, donde se exhiben filmes de menores y los hombres adinerados y maduros buscan chicas de poca edad para su placer. No somos nosotros solos los corrompidos. Y ese local, el *Rock Club*, existía ya en tiempos de Priscilla Kelly y de mí, no crea. La propia Priscilla había ido a veces secretamente, en busca de alguna jovencita para ella.

—Eso no altera mi modo de pensar. No encubriré esta basura, señorita Scott. Y si sus matones intentan golpearme, posiblemente me decida a usar mi propia arma, la que quité a un esbirro de Ryan anoche —fanfarroneé fríamente, hundiendo mi mano en un bolsillo y haciendo presión con un bolígrafo contra la tela, de forma que imitara el cañón de un arma lo mejor posible.

—Estaos quietos, muchachos —avisó Greaves, alarmado—. No quiero disparos ni violencia aquí. Será mejor que os larguéis y dejéis este asunto en mis manos.

Los dos tipos recogieron sus chaquetas y salieron en silencio, dirigiéndome una mirada homicida. Yo les saqué la lengua, clavando luego mis ojos en Laraine Scott, que había hundido la pistola en su monedero, dejando de encañonarme.

—¿Y bien? —me preguntó ella.

Sacudí la cabeza. No me gustaba aquel sucio asunto de su negocio, pero sabía que no podría hacer gran cosa si llevaba adelante mi obstinación. La corrupción no es fácil de aniquilar. Ni yo era un ángel vengador.

—Supongamos que acepto —dije—. El informe ha de ser bueno. Inmejorable.

—Lo es —suspiró Laraine Scott—. Priscilla tenía otro amor por entonces.

—¿Cuál? ¿Carson, usted...?

—Ninguno de ellos. Carson no me importaba. Sé que Priscilla tenía relaciones con otra persona o, cuando menos, estaba encaprichada intensamente de alguien. Ese alguien era una rival para mí. Sentí celos. Profundos celos de quien fuese.

—Entiendo. ¿Quién era ella?

—Nunca lo supe. Aquella noche, acudí a su casa para ponerlo en claro de una vez por todas.

—Vaya, todo el mundo pareció ponerse de acuerdo en visitar la

casa de Priscilla esa fatídica noche. ¿La mató usted por celos, entonces?

—No sea necio. Yo no la maté. La amaba demasiado —confesó con cínica frialdad—. Cuando llegué, estaba muerta. Alguien deambulaba por la calle, como sonámbulo, acababa de verlo al llegar. Era el joven Graham, el hijo del viejo Walter Graham.

—Sé eso. Sufrió un ataque de amnesia. Nunca se recuperó de él.

—Entonces supe que mi amiga me había engañado en otras cosas. Hallé narcóticos en su dormitorio. Escondía frascos de sedantes y de toda clase de barbitúricos. Fue para mí una sorpresa tan grande como verla muerta en el jardín. Pensé si el hijo de su amante, el joven Graham, la habría matado para terminar con ese estado de cosas. Pero no hallé gran cosa reveladora sobre esa otra amiguita que sospechaba que tenía Priscilla. Solamente una cosa entre sus pertenencias. Algo que he guardado desde entonces, aunque jamás logré saber qué significaba.

—¿Y qué es ello?

—Unas señas en un librito de fósforos de ese local que antes le mencioné, el *Rock Club*.

—¿Unas señas concretas?

—No del todo. Entonces hubiera sido fácil dar con el lugar. Aparece la palabra «*boulevard*», y le siguen un número y un piso: 2400. 7. ° D.

—No es mucho. Hay demasiados bulevares en Los Ángeles.

—Por eso nunca supe lo que significaba ni hallé la dirección apuntada por Priscilla, sin duda en clave para que no cayera en otras manos.

—¿Eso es todo lo que va a ofrecerme a cambio de mi silencio? Es poca cosa, señorita Scott.

—Queda lo último: Walter Graham ha mentido sobre su amnesia.

—¿De veras? —Enarqué las cejas, escéptico—. ¿Cómo lo sabe?

—Porque conozco bien la historia. Sé que Graham odiaba a Priscilla y que hubo una pelea en el *Stars Club*, donde Carson golpeó al hijo del productor. Eso le hubiera hecho posible sospechoso del asesinato de Priscilla. Por eso su padre se ocupó de que fuese oficialmente archivado el caso, bajo la etiqueta de muerte por accidente, ocasionada por exceso de alcohol mezclado con

barbitúricos. En realidad no estaba protegiéndose a sí mismo o cubriendo su industria de riesgos, sino protegiendo a su hijo.

—Es posible, pero eso no significa que mintiera Graham en su historia. Los psiquiatras le han examinado, confirmando el diagnóstico sin lugar a dudas.

—Oh, por supuesto. Entonces sí existió la amnesia. Y le duró algún tiempo. Pero hoy en día, él recuerda perfectamente lo que sucedió esa noche.

—¿Cómo lo sabe? —me sorprendí, sin creermelo del todo sus palabras.

—Es sencillo: él mismo me lo confesó.

—¿Él? —Pagué un respingo—. ¿Cuándo?

—Una noche, estando algo ebrio, en ese club que le cité, el *Rock Club*, donde ambos coincidimos...

—¿Es el club que ha dicho que se dedica a jovencitas menores y todo eso?

—El mismo —rió Laraine Scott—. Walter Graham tiene una hermosísima esposa. Pero su perversión sexual le incita a buscar muchachitas menores de dieciséis años. Son cosas que ocurren con los años, Vincent. Va allí a menudo en busca de placer... Y allí, estando ebrio, me dijo una noche que sabía lo de Priscilla y yo. Y que desde hacía casi diez años, recordaba muy bien lo que pasó aquella noche del 15 de enero de 1945.

—¿Le dijo lo que recordaba? —insistí.

—No. Se echó a reír, vio a una chiquilla de unos quince años y se fue tras ella como un perrito faldero. Pero sé que era sincero. Y que al hablar de sus recuerdos de aquella noche, parecía realmente asustado y sobrecogido. Pero no supe por qué. Eso es todo cuanto puedo facilitarle. Ahora espero que usted cumpla su parte.

—No he prometido nada —suspiré—. Pero no teman. Pueden seguir con su bazofia. Supongo que si no lo hacen ustedes, otros lo harán en esta maldita ciudad...

Abandoné los estudios de Greaves y Laraine con aire abatido, preguntándome si habría algo en el mundo del cine que, como en Sodoma y Gomorra, valiera la pena de salvar aquel lugar pervertido.

Esta vez me encaminé a un lugar llamado *Rock Club*, apenas oscureció.

CAPÍTULO VIII

Era un recinto privado, sólo para socios del mismo. Pero ese aparente obstáculo se salvaba fácilmente, con una cuota de entrada de cincuenta dólares, a cambio de la cual le facilitaban a uno una tarjeta de socio nominativa. Eso daba derecho a entrar, tomar una consumición por diez dólares como mínimo, ver películas escabrosas protagonizadas por adolescentes, y elegir de entre las menores que visitan el local aquella que a uno le gustara. Las tarifas oscilaban, según supe, entre doscientos y quinientos dólares.

Después de aburrirme viendo unas filmaciones detestables, que los hombres maduros contemplaban con ojos ávidos, pasé a otra barra más íntima, donde me sonrieron cuatro o cinco muchachas no mayores de dieciséis años. Me pregunté cómo podía tolerarse un mercado así, sin que la policía supiera nada. Tomé un *bourbon* de mediana calidad que me costó veinticinco dólares, y tuve que rechazar a dos adolescentes que, sin duda, me encontraba mucho más atractivo y aprovechable, pese a mis deformaciones faciales, que los sesentones y cincuentones que les caían en suerte allí.

De repente, me puse rígido al ver asomar a alguien por el fondo de la barra.

Era otra adolescente más. Pero a ésta la conocía muy bien. Me fui derecho a ella como una flecha, ante las miradas de rencor de las demás muchachas.

—¡Johnny! —exclamó ella, radiante—. ¿Tú aquí? Creí que no te gustaban las chiquillas...

La miré con ansias homicidas, tomándola de un brazo enérgicamente y llevándola a un asiento arrinconado, donde la hice caer, acomodándome a su lado.

—Escucha, pequeña —mascullé con ira—. Si tu abuela y tu

madre se enteran de que frecuentas este lugar, te sacarán la piel a tiras. Y si me ven a mí contigo, me desollarán vivo también. ¿Cómo diablos has podido caer tan bajo?

—Sólo he venido tres o cuatro veces —se disculpó Judy Talbot con un puchero en su bonito rostro de muñeca rubia—. Y te aseguro que no me he ido con nadie, aunque no me han faltado ofertas... Contigo es diferente. ¿Adónde vamos?

—Al infierno —bramé—. No vine aquí en busca tuya, sino de otras cosas. Este encuentro es puramente casual, y espero que sea el último en un sitio como éste.

—Johnny, no seas malo conmigo —me pasó un brazo por los hombros y buscó mi boca con la suya—. Me gustas, estoy loca por ti...

La aparté bruscamente, con enfado. Por su escote, asomaban sus bonitos senos demasiado atrevidamente. Pasaron dos tipos canosos y la devoraron con la mirada, dirigiéndome luego a mí una ojeada de disgusto y contrariedad.

—Dejemos este juego de una vez, Judy —corté—. Éste es un lugar peligroso. Lesbianas y viejos viciosos vienen en busca de sus caprichos. Puede ocurrirte lo peor, y será el principio de una pendiente que no merece una chica como tú; ¿está bien claro eso?

—Sólo vengo por divertirme. Me gusta que me admiren los hombres, Johnny. Pero sólo me atraes tú...

—Vámonos de aquí enseguida —corté, poniéndome en pie—. Y esta vez sí que tendré que informar a tu abuela y a tus padres.

—No, por favor, no lo hagas. Te prometo no volver más por aquí, pero no les digas nada. Serían capaces de meterme en un colegio religioso o cosa parecida, lejos de Los Ángeles.

—Te concederé esta sola oportunidad —le avisé, llevándola hacia la salida del íntimo recinto—. A la próxima, no habrá más tolerancia contigo, pequeña.

—¡Vaya chico guapo que te llevas, cariño! —le gritó una de las chicas a Judy.

Y un maduro que pasaba junto a nosotros, añadió guiñándole un ojo:

—Le felicito, amigo. Menudo bomboncito va a saborear...

Judy rió, divertida, y sentí ganas de abofetearla. Salimos de allí, pasamos velozmente por la sala de proyección, donde se pasaba

otra de las deleznable pelculitas de marras, y cruzamos el bar exterior, caminó de la salida.

Entonces me tropecé casi de bruces con Walter Graham.

Nos quedamos mirándonos los dos fijamente. El, estupefacto, observó a Judy colgando de mi brazo. Yo entorné los ojos, escudriñándole con cara de pocos amigos.

—Qué sorpresa —comentó él secamente—. ¿También le gustan estas cosas, Vincent? Le creía muy joven para elegir adolescentes...

—Váyase al cuerno —le repliqué con acritud—. Judy es una amiga, eso es todo.

—Oh, claro, claro —rió, guiñándome un ojo con aire cómplice—. Le aseguro que no diré nada de esto a nadie, Pero confío en que usted también sepa ser discreto con su... cliente.

—No acostumbro meter cizaña en los asuntos íntimos de mi clientela —le contesté con voz bronca—. Pero debió decirme que recuperó la memoria hace años.

Fue como pegarle en el hígado. Se quedó sin aliento. Palideció y clavó sus ojos en mí. Luego intentó disimular.

—¿A qué se refiere? Sabe muy bien que sigo sin recordar nada...

—Miente, Graham —le espeté—. Recordó de pronto hace unos diez años.

Pareció desarmado por mi seguridad. Judy nos miraba a uno y otro, perpleja.

—¿Cómo... cómo lo supo? —Tragó saliva el marido de Belinda.

—Lo sé, y eso basta. Por eso vine en su busca. También conozco sus debilidades.

—Tengo que hablar de ello con usted —jadeó—. Tal vez entonces pueda entenderme...

—Más tarde. No deje de ir a mi apartamento esta misma noche, Graham. Le espero de once a doce. Sin falta, o armaré una buena. Ahora debo llevar a su casa a una jovencita demasiado audaz, que se pensó que este local era una simple diversión para ella...

—Es muy bonita la chica —comentó Graham, queriendo poner una mano en el brazo desnudo de mi damita.

Le aparté de un manotazo brusco y dije entre dientes, camino de la salida:

—Es la nieta de Lucille Pearson, amigo Graham. Si no quiere que la lengua afilada de su abuela le ponga mañana de vuelta y media

en todo Hollywood y provoque su divorcio de su bella e inmerecida esposa, será mejor que no se acerque nunca a Judy Talbot.

Al salir del Rock Club, descubrí en el rostro de Walter Graham un gesto de inmenso estupor y una palidez aún más acentuada que la de antes. Todavía en la gente del cine, el mágico nombre de la vieja chismosa de Hollywood causaba efectos devastadores.

* * *

A las doce menos cuarto, empecé a temer que la cita era en vano.

Walter Graham no acudía a la misma. Consulté mi nuevo reloj, que suplía al que resultara averiado en casa de Howard Ryan, me puse mi octavo *whisky* y bebí lentamente, preguntándome cuántos años resistiría mi hígado sin una cirrosis irreversible.

Cuando dieron las doce en un reloj cercano, ya estuve seguro. El marido de mi bella cliente no iba a acudir. Tal vez estaba demasiado asustado por nuestro encuentro en el club de menores. Con una sonrisa, me acordé de la incorregible Judy. La había dejado aparentemente arrepentida, entrando en su casa. Pero de una chica como ella, uno no podía fiarse demasiado. Era una especie de torbellino devastador, incapaz de ser controlado debidamente. Es posible que eso se arreglara con los años, pero hoy por hoy, Judy era una carga de dinamita difícil de manipular.

Me acerqué a la ventana. Alcé la cortina, mirando a la calle, pensativo. Estaba lloviznando nuevamente, aunque el nublado no era muy denso sobre la ciudad. Cabrilleaban los reflejos de las luces fluorescentes en el asfalto mojado. Fijé mi mirada en un coche aparcado frente a mi puerta. No lo había observado anteriormente. Era un Chevrolet color calabaza, de modelo reciente. Estaba aparcado justo frente a una boca de riego, en zona prohibida. Pero no salía ni entraba nadie de él.

Paseé, apurando mi *whisky*. Volví a mirar a la calle minutos más tarde, por si Graham aparecía. Todo seguía igual abajo. El coche color calabaza no se movía de su aparcamiento ilegal.

De pronto recordé algo. Al salir del *Rock Club* con Judy, había vislumbrado un coche de igual color, aparcado frente al local de menores. Posiblemente un Chevrolet.

Repentinamente intrigado, tomé mi chaqueta y bajé a la calle. Me acerqué al coche situado ante la boca de riego. Había alguien sentado ante el volante, como en actitud de espera, retrepado en el asiento.

Me aproximé al vehículo. El cristal de la ventanilla estaba bajado junto al conductor. Éste no se movía, como si no hubiera advertido la presencia de la boca de riego que convertía en prohibido el punto de aparcamiento.

Un automóvil pasó rápido, haciendo sonar sus neumáticos sobre el agua de lluvia. Sus reflectores pasaron rápidos por el coche color calabaza, iluminando el interior.

Era Walter Graham quien ocupaba el asiento ante el volante.

—¡Por todos los diablos, Graham! —mascullé, inclinándome hacia la portezuela malhumorado—. ¿A qué está esperando para salir de ahí y poner el coche donde es debido?

No me hizo caso. Ni se movió. Pensé si se habría dormido y metí el brazo, zarandeándole ligeramente.

Se fue de bruces contra el volante. El claxon llenó la calle con su persistente sonido escandaloso. Petrificado, descubrí el orificio de bala en su sien izquierda, y el reguero negruzco que corría desde allí hasta su mentón.

Walter Graham estaba muerto. Le habían matado de un balazo.

Intenté moverle, impedir que sonara el claxon. Un coche patrulla asomó su morro por la esquina inmediata. Traté de apartarme de allí y alejarme del coche macabro. Los faros policiales me envolvieron en luz. Una voz potente avisó:

—¡Quieto ahí, en nombre de la ley! Quieto... o disparo.

CAPÍTULO IX

El teniente Clarke me contempló sombríamente. Dobló cuidadosamente la carta póstuma de Howard Ryan y meneó la cabeza, mientras un ahogado sollozo de Belinda Graham nos llegaba desde su asiento, al fondo del despacho del oficial en la División de Homicidios.

—Debió entregármela enseguida —refunfuñó el policía con agresividad—. Éste es ya un asunto nuestro, no suyo, Vincent. Hay dos asesinatos. Y en ambos está usted metido hasta el cuello.

—Lo lamento, teniente. Cité a Walter Graham para hablar con él de ciertas cosas. No podía sospechar que le matarían a la puerta de mi casa.

—Amigo Vincent, parece tener usted una pasmosa facilidad para que la gente con quien se trata acabe muerta de un balazo en la cabeza. Tiene que resultar sospechoso a la fuerza.

—Creo que Graham sabía algo del antiguo crimen, como lo sabía Ryan. Por eso le mataron. Ambos fueron silenciados por quien mató a Priscilla Kelly hace treinta años.

—¿Cómo esperaron a esta noche precisamente para matar a Graham, si usted dice que hace diez años que recuperó la memoria? ¿Cómo podía saber el asesino que él iba a reunirse con usted en su casa?

—Eso es lo que me intriga. Que supiera lo de Ryan, bien está, porque temo que él mismo sentenció su vida al telefonear previamente al culpable. Pero Graham... no sé.

—¿Había alguien presente cuando usted le citó para esta noche en su apartamento?

—No... —Sonreí, pensando en Judy, el único testigo. Precisamente la única persona en el mundo que no podía ser

culpable de nada, porque cuando murió Priscilla Kelly a ella le faltaban doce años para venir al mundo. Y añadí, rotundo—: No, nadie, teniente.

—Entonces, o le mató usted mismo... o habló él de ello con alguien, antes de venir, y ese alguien era el propio asesino o una persona que pudo informar a éste —sentenció el policía secamente. Miró a Belinda Graham, que lloraba en silencio, sin patetismos, pero evidentemente impresionada por el trágico fin de su esposo—. ¿Usted sabía algo de esa visita nocturna de su esposo a Johnny Vincent?

—Nada en absoluto —negó ella lentamente.

—¿Y de recuperación de la memoria? ¿Lo supo o sospechó alguna vez?

—Lo intuía, aunque quería convencerme de que él era incapaz de ocultarme algo, teniente. Creo que por eso, sin consultar con él previamente, encargué el caso a Vincent. Cuando Walter lo supo, se enfureció bastante. Pero sin duda para disimular y seguir fingiéndose amnésico, terminó por aceptar mi iniciativa.

—¿Qué pudo ver su esposo aquella noche de hace treinta años?

—Lo ignoro por completo. Me gustaría saberlo tanto como a ustedes. Lo que no podía prever es que todo terminara así...

—La muerte violenta rara vez es previsible, señora. —Sentenció el oficial de Homicidios, paseando por la estancia—. Bien, creo que esto es todo de momento. Pueden irse a sus respectivos domicilios. Ya es suficiente por esta noche.

—¿No va a arrestarme todavía? —pregunté candoroso.

—Esa carta de Ryan le libra, de momento, de algo peor. Pero sigo sospechando de usted, en tanto no tenga otra persona más adecuada. Recuerde: no abandone esta ciudad bajo pretexto alguno.

Le despedí con un gesto. Bajamos juntos Belinda Graham y yo. Ya en la calle, la tomé suavemente por un brazo.

—¿La llevo a su casa? —me ofrecí.

—Sí, Johnny, por favor —aceptó la rubia con tono cansado.

La llevé en mi coche a su lujosa residencia de Santa Mónica. Al despedirnos en el porche, me tendió su mano. Estaba fría y algo trémula. Retuvo en ella mi mano durante algún tiempo. Sus ojos color violeta se fijaron en mí. Su cuerpo seguía oliendo a flores y a suave piel femenina.

—Siga adelante con el asunto, Johnny —me pidió—. Si la persona que mató a Priscilla Kelly mató también a Walter, tengo doble motivo para desear conocer su identidad. Posiblemente no era el mejor marido del mundo. Sé que tenía defectos. Pero tampoco merecía terminar así.

—Nadie merece un final semejante —convine con ella—. Descuide, señora Graham. Seguiré con esto, por encima de todo.

—Llámeme Belinda —sonrió ella dulcemente—. Después de todo, somos amigos. Creo que usted es el único amigo verdadero que tengo ahora...

La dejé, con una sensación de tristeza. Sabía que necesitaba compañía, ahora más que nunca. Pero también sabía que yo no era la persona adecuada para aspirar a una mujer como ella, rica, hermosa y de su condición social.

Había pasado la madrugada y la noche encerrado en la estación de policía. No tenía ganas de acostarme. Me metí en una cafetería y tomé café hasta que se hizo de día. Cuando el sol brillaba sobre Los Ángeles, me acerqué a casa de Lucille Pearson, para saber algo que me intrigaba.

Tuve suerte. La ex chismosa no estaba sola. Judy la acompañaba. Lanzó un gritito al verme, y saltó a mis brazos. Me besó en la boca y tuve que forcejear para apartarla.

—Judy, Judy —la reprochó su abuela—. ¿Es que te has vuelto loca?

—Sí, abuela —asintió la muchacha—. Loca por Johnny.

—Perdónela, Vincent —me sonrió la anciana—. Me temo que mi nieta no tiene remedio. ¿A qué debemos que sea tan madrugador en su visita?

—Hay malas noticias, señora Pearson. Han asesinado a Walter Graham. Esta noche, ante mi propia casa...

Lucille Pearson reaccionó sorprendentemente. Se quedó boquiabierta, lívida, y cayó sentada en un sillón, como si estuviera a punto de sufrir un infarto. Asustado, me incliné sobre ella.

—¿Se encuentra bien? —murmuré.

—Sí, sí... —jadeó—. Por favor, mis sales... Están en el baño, Judy, querida...

—Ya voy yo —dije bruscamente, corriendo hacia la cocina. Judy me siguió, también muy pálida. Me mostró el lugar donde estaban

las sales. Yo miré a la muchacha y susurré—: Judy, ¿dijiste a alguien anoche que Graham iba a verme en casa?

—No, no —susurró—. Yo no vi a nadie anoche al dejarte. Sólo a mamá. Me acosté pronto. Tenía que venir hoy a pasar el día con la abuela...

No dije nada. Volví con ella hasta el *living*, y di las sales a la antigua periodista. Ya más calmada. Lucille Pearson me contempló con tristeza.

—¿Cómo sucedió, Vincent? —quiso saber.

Se lo conté. Ella se limitó a escucharme en silencio. Al fin, hizo un vago gesto y envió a su nieta a la cocina a preparar café para todos. Nos quedamos solos. Vi sus ojos fijos en mí. Había algo raro y profundo en ellos.

—Se preguntará por qué me ha impresionado tanto la noticia... —musitó.

—Sí. Pero imagino que tuvo buena amistad con los Graham, padre e hijo, dada su profesión, señora Pearson.

—Algo más que eso —ella sonrió vagamente—. ¿Sabe una cosa? Graham padre fue... mi primero y mi único amor.

Me quedé frío. Ahora sí entendía. Tragué saliva.

—Lo siento —murmuré—. De haberlo sabido, hubiese obrado con más tacto...

—¿Qué importa eso ahora, muchacho? Lo cierto es que ambos murieron ya. Los dos Graham, padre e hijo. De mis amores con el padre nació una criatura. Mitzy, mi hija. Su apellido es Pearson, como yo. Graham nunca la reconoció como suya. Pero lo era.

—De modo que Judy es nieta de Walter Graham. Por tanto, sobrina del Walter Graham hijo... —recordé su palidez, su mirada de horror al saber que Judy era nieta de Lucille Pearson, la noche antes en el club, y comprendí. Graham había sabido siempre de los amores de su padre con Lucille Pearson. Y también de sus frutos.

—Así es. Pero ella lo ignora. Sólo Mitzy y yo, aparte ellos dos, supimos siempre la verdad... —Con expresión triste, abrió un cajón del mueble cercano a su asiento y rebuscó algo en él. Extrajo un viejo álbum de fotografías, que abrió ante mí—. Vea. Vincent. Aquí estamos Graham y yo, cuando nos conocimos y tuve mi idilio con él...

Eran fotografías amarillentas por el tiempo. Vi una Lucille

Pearson joven, vigorosa y risueña, del brazo de un hombre que se parecía notablemente a Walter Graham que yo conocí. Ambos a la moda de otros tiempos, de los años treinta.

—¿Le quiso usted mucho? —pregunté.

—Mucho, sí —afirmó lentamente—. Cuando nació Mitzy, ya habíamos roto relaciones. No quise que él le pasara un solo dólar jamás. Tampoco intenté que la reconociese, porque ya se había casado. Mitzy creció a mi lado. Se hizo una mujer, sin necesidad de los Graham para nada.

Asentí, echando una ojeada a otras fotografías de entonces. En una de ellas, estaban Lucille Pearson, ya algo mayor, con una bella muchachita a su lado. Reconocí a Mitzy, la madre de Judy, con trenzas y vestido infantil.

—Aquí tenía ya doce años —sonrió su madre dulcemente—. Está hecha precisamente poco antes de que muriese Priscilla Kelly... Entonces Mitzy estaba de vacaciones de Navidad conmigo. Iba a la escuela interna. Ese mes de enero prolongó unos días su estancia a mi lado. Le encantaba Hollywood y el mundo del cine... Era una gran admiradora de Priscilla Kelly, hasta que su muerte pareció afectarla tanto y dejó de sentir adoración por la gente del cine. Esta fotografía data de entonces.

Miré el edificio tras ellas. Una casa entonces moderna, en una zona céntrica de la ciudad, sin duda alguna. Treinta años separaban aquella imagen del presente. La niña Mitzy, cogida de la mano de su abuela, sonreía feliz. Señalé algo en la puerta de la edificación.

—¿Era ésa, precisamente, la casa donde vivían ustedes dos? —insistí.

—Sí —suspiró la señora Pearson—. El número 2400 de Pico Boulevard. En el séptimo piso, apartamento séptimo D, vivíamos entonces Mitzy y yo...

Boulevard... 2400... 7. º D.

Las cifras y letras vinieron a mi mente con celeridad. Una vieja anotación de Priscilla Kelly. Sentí un nudo en la garganta. Miré a la anciana, que contemplaba sus fotos. Judy me llamó desde la cocina, pidiendo ayuda para el café.

Caminé como sonámbulo hasta allá. Judy me pidió que sirviera las tazas y buscara el azúcar. Estaba haciéndolo, cuando añadió trivialmente:

—¿Sabes una cosa, Johnny? Estuve pensando sobre lo que me preguntaste antes. Sólo le mencioné a mamá que había conocido a un tal Walter Graham, productor de cine, y que era amigo tuyo y había oído que os ibais a ver anoche... Pero no le dije dónde os encontré, claro está...

Me quedé mirando fijamente a Judy. No sé qué cara puse, pero ella me preguntó:

—¿Qué te pasa, Johnny? Parece que hayas visto a un fantasma...

Asentí despacio.

—Sí, Judy. He visto a un fantasma. De repente. Un fantasma de hace treinta años... Pero ¿quién podía pensar en él?

Regresamos al *living* sin que ella me entendiera. Estábamos sirviendo el café cuando llamaron a la puerta. Abrió Judy. Su madre entró en la casa. Me dirigió una sonrisa cortés. Observé sus ojos levemente enrojecidos, tras las gafas de sol. Su mano tembló cuando le ofrecí mi propia taza de café y la tomó.

—Gracias —dijo—. ¿Y usted?

—Voy a por otra —hablé, mirándola fijamente—. Es un momento.

Fui a la cocina. Tomé una taza y eché café en ella. A mis espaldas oí un leve taconeo. Las pisadas se detuvieron. Giré la cabeza. Miré tristemente a Mitzy Talbot.

—¿A qué ha venido aquí, señora? —pregunté.

—Me miró usted de un modo raro —dijo ella apagadamente—. Creí que quería decirme algo...

—Es posible. No hay mucho que decir. Sólo que a veces, uno olvida que una niña de doce años puede ser toda una mujer, señora Talbot...

—De modo que lo sabe —suspiró, tras una pausa. La taza tembló encima del plato.

—Lo supe hoy mismo. Sólo Judy sabía que yo cité a Graham en casa. Ella se lo mencionó a usted. No podía ser otra persona, en tal caso.

—A los doce años, las cosas pueden causar mucho daño —musitó lentamente Mitzy—. Yo adoraba a Priscilla Kelly por lo que era en la pantalla. De repente, descubrí que eso era sólo apariencia, una bonita máscara. Era perversa y depravada. Creí que me trataba

con afecto por ser hija de Lucille Pearson. No era eso. Me deseaba, Vincent. Quiso abusar de una niña. Me citó en su casa esa noche. Fui a verla, confiada. Fue horrible. Estaba ebria, drogada por los barbitúricos. Me abrazó, me besó... Repugnante, Vincent. La golpeé. La empujé con todas mis fuerzas. Se fue abajo, al jardín. Se mató. Yo huí aterrada. Hubiera querido morir. Ya nada fue igual para mí. Callé mi crimen, pero odié el cine, su gente, las mujeres como Priscilla Kelly...

—Por eso ella tenía sus señas. Mitzy. La acosaba, ¿no es cierto?

—De un modo terrible. Llamadas telefónicas, citas... Me buscaba por doquier. Pero yo, a los doce años, no podía intuir la horrible realidad de su interés hacia mí.

—Y a los doce años, mató a una persona. Fue sin querer, Mitzy. Un homicidio involuntario. Debíó de hablar entonces. Eso quedó en su mente para siempre. Y ahora...

—Ahora, no podía permitir que Howard Ryan hablase. Él me vio salir despavorida de la casa. Creo que siempre entendió. Y calló, porque odiaba a Priscilla y se alegró de su fin.

—Le convenía, todo eso. Ella le chantajeaba con un secreto de alcoba. Pero Mitzy, ¿por qué matar ahora a Ryan, a Graham...?

—La verdad la pagaría Judy —sollozó amargamente ella—. ¿Lo entiende?

—Sí. Pero Walter Graham era su hermanastro... Eso explica que, aun recordando los hechos, nunca quisiera hablar.

—Lo sé. Me costó mucho decidirme. Él nunca sospechó que le mataría. Sabía que yo huí esa noche de casa de Priscilla. También me vio. Hace diez años me confesó recordar por fin todo su vacío mental, ocasionado por un golpe. Sufrió entonces un leve accidente de coche, y el golpe de Carson dejó de ejercer efecto sobre su memoria. Juró que callaría siempre. Que nadie sabría que su hermanastra era una asesina a los doce años. Lo hizo por Judy, por mí, por mi hogar actual... Y eso, lo he arrojado todo por la borda yo misma, con dos crímenes estúpidos, inútiles...

Cayó en una silla, rompiendo en amargo llanto. La miré, compasivo. Luego clavé mis ojos en la puerta. Lucille Pearson, lívida, escuchaba allí, tambaleante. Judy reía en el jardín, recogiendo flores.

—Hija mía... —sollozó la señora Pearson—. Siempre sospeché

todo eso... ¿Por qué no sincerarte conmigo?

Madre e hija se abrazaron. Sentí dolor. Y pena. Y asco de muchas cosas. Salí de la cocina. Y de la casa, Judy quiso retenerme. La eludí, diciendo que volvería otro día.

Por supuesto, nunca he vuelto por allí. Ni he visto a Judy nunca más. Supongo que vive en otro lugar, lejos del mundo del cine. Su madre, Mitzy Talbot, se mató en un accidente de automóvil, el mismo día en que yo supe la verdad. Siempre he sabido que no fue un accidente.

Más tarde me enteré de que el teniente Clarke recibió una confesión de ella, que jamás reveló públicamente a nadie. El caso estaba terminado. Cerrado definitivamente.

* * *

He dejado de beber tanto *whisky*. Mi hígado necesitaba eso.

Pero siguen gustándome las chicas. A pesar de que tengo la esposa más bella de toda la ciudad. Somos de diferente nivel social, económico y todo eso. Sólo que yo no acepto su dinero. Trabajo con mi nueva agencia de investigación, que funciona muy bien. Puedo mantener a mi esposa dignamente.

Ella, ahora, se llama, naturalmente, Belinda Vincent. Y parece feliz con ello.

En cuanto a mí, ¿qué puedo decir? Siempre me gustó ella, pienso que me enamoré de mi cliente antes de morir su marido.

Creo que, en realidad, ambos somos felices. Un matrimonio dichoso.

Eso, en un lugar como Los Ángeles, ya es mucho.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: *No dispare contra mí* (José María Nunes, 1961); *Nuestro agente en Casablanca* (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.